

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia — el partido de clase —, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo "lucharmadista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

el proletario

Nº 7

Julio-Septiembre, 2015

Precio: Europa: 1'5 € ; 3CHF ; 1'5£
América del Norte: US \$ 2
América Latina: US \$ 1'5

¡ Comienza el circo electoral ! La democracia contra el proletariado

Con las elecciones autonómicas de Andalucía y las municipales y autonómicas en el resto de España (excepción hecha de las llamadas «autonomías históricas») ha quedado oficialmente abierto el año electoral en el país, que tendrá en las elecciones al Parlament de Catalunya su siguiente paso y en las generales de noviembre su colofón final. El «cambio» contra la «estabilidad», la «renovación democrática» contra la «estabilidad institucional», la «casta» contra los «bolivarianos», renovadores de derecha o reformistas de izquierda... a través de todos estos dilemas que, democrática y televisadamente, se han regalado al ciudadano en estos últimos meses y que seguirán prodigándose con mayor intensidad a medida que avance el año y

los resultados electorales sirvan para edificar nuevas variantes del mismo problema, a través de todas las consignas esgrimidas en uno u otro sentido, una verdad sobresale por encima de todas las mentiras: la democracia, la participación en las instituciones renovadas o caducas del Estado burgués, es la única vía que se le ofrece a un proletariado que sufre ya ocho años de crisis capitalista en su cuerpo y que seguirá padeciendo todos los agravios propios de una sociedad que se levanta sobre su sangre y su sudor y a la que se exige que mantenga con vida.

Durante los últimos cinco años, desde septiembre de 2010, en España se han vivido tres huelgas generales, cientos de manifestaciones multitudinarias contra las políticas anti-

obreras del gobierno de turno, socialista o popular, miles de huelgas parciales, algunas de ellas tan significativas como las de los trabajadores de la limpieza viaria de Madrid o la que han llevado a cabo los operarios subcontratados de Telefónica. Estallidos de tensión social como el que se ha identificado con el movimiento del 15 M y sus derivados, verdaderas escenas de la lucha de clases como el conflicto social en Gamonal, etc.

(sigue en pág. 2)

La regeneración democrática y la represión... más democrática aún

El último año ha supuesto un incremento notable de los casos represivos en marcha en España. Especialmente significativas han sido las operaciones, Pandora y Piñata, realizadas contra los llamados Grupos Anarquistas Coordinados. En ellas, a partir de unos atentados realizados en las catedrales de Madrid y de Zaragoza que ni siquiera causaron daños materiales y por los cuales ya había dos personas en prisión, el aparato policial del Estado ha levantado todo un

entramado conspirativo basado en la edición de libros y las reuniones públicas que los detenidos han llevado a cabo. En total varias decenas de personas han sido encausadas en un proceso que promete no ser el último y que se suma a las decenas de aquellos que a día de hoy se encuentran abiertos contra trabajadores, sindicalistas y militantes de grupos de extrema izquierda.

(sigue en pág. 6)

EN ESTE NÚMERO

- Una aclaración necesaria.
- Nuevas ediciones del partido en castellano: Terrorismo y comunismo de L. Trotsky y Razones de nuestro abstencionismo.
- La lucha de clase contra la explotación capitalista es vital tanto para defender las condiciones de existencia del proletariado en todos los países del mundo como para lanzar, mañana, la lucha decisiva contra el poder político de las clases dominantes burguesas y liquidar el régimen de esclavitud salarial impuesto y mantenido con la fuerza del capitalismo. ¡Este es el verdadero significado del Primero de Mayo proletario, internacionalista y de lucha!
- Grecia: ¡Contra las ilusiones reformistas! ¡Por la lucha independiente de clase!
- Continua la masacre de migrantes ahogados en el Mediterráneo. Tremenda demostración de que los gobiernos burgueses de todos los países, democráticos o autoritarios, no resolverán nunca las causas de estas tragedias. ¡Es el capitalismo el que debe ser sepultado!
- Orientaciones Prácticas de Acción Sindical (III).
- Huelga de los trabajadores de Movistar.

¡ Comienza el circo !

(viene de la pág. 1)

La tensión social que se ha manifestado a través de estas grietas aparecidas en el plano de la dominación burguesa sobre el proletariado reflejaba la tendencia natural del proletariado a reaccionar contra el rápido declive de sus condiciones de existencia. Y la reflejaba en la medida en que dichas grietas implicaban una desconfianza espontánea hacia los cauces por los que se guía la colaboración entre clases: participación en las instituciones, respeto de la legalidad laboral y social, acatamiento de la «voluntad soberana» depositada en el gobierno de la nación... Desde luego en estos últimos años no hemos asistido al retorno de la lucha clasista del proletariado que, a excepción de escasos momentos sin duda significativos pero aislados y carentes de continuidad, no ha aparecido sobre la escena social como una clase con intereses diametralmente opuestos a aquellos de la burguesía y dispuesta a defenderlos por cualquier medio incluso en el terreno de las exigencias inmediatas. Más bien hemos visto cómo determinados sectores, particularmente afectados por la crisis, han sufrido una conmoción que les ha llevado a blandir en el aire sus armas sin llegar nunca a utilizarlas. Como si se tratase de un vehículo cuyo acelerador se pisa a fondo sin llegar a soltar el freno de mano en ningún momento, el proletariado ha mostrado *qué puede llegar a ser* a la vez que evidenciaba aquello *que es todavía*, todo y nada.

Durante todos estos años, el proletariado ha permanecido completamente sometido a la política de sacrificios llevada a cabo en nombre del interés superior de la economía nacional. Si bien en determinadas ocasiones esta política ha sido puesta en cuestión, como por ejemplo en las luchas contra las políticas de austeridad impuestas, esta lucha se ha llevado a cabo bajo las expectativas de que otra política, diferente a la austeridad, sería mejor para la economía del país. El caso de las llamadas mareas es, en este sentido, ejemplar: recogiendo la tensión que los recortes en personal y salario habían generado entre determinados sectores de trabajadores del sector público en los que el personal que sufría peores condiciones laborales (eventual, subalterno, etc.) se encontraba

más amenazado, se articuló todo un movimiento que encuadró tanto a proletarios como a elementos de la pequeña burguesía profesional, bajo la bandera de la defensa del sector público y con el rechazo a las privatizaciones como única reivindicación. De esta manera, la realidad existente detrás de los llamados recortes, el duro ataque contra las condiciones de existencia de los proletarios empleados en sectores como sanidad o educación (pero también en la función pública propiamente dicha o en servicios estatales auxiliares), fue asumido como un sacrificio que los proletarios debían realizar si se buscaba defender las parcelas estatales de la economía. En pocas palabras, tanto las organizaciones sindicales como aquellas políticas que encabezaron este movimiento impusieron ellas mismas el sacrificio que la burguesía exigía a los proletarios como algo inevitable y les llamaron a aceptarlo en nombre de una economía nacional para la cual exigían otra gestión, más eficiente, más caritativa, pero ante la cual los proletarios debían, igualmente, ceder en todas sus exigencias.

Al margen de un caso tan evidente como este, en el cual la consigna de la «defensa del sector público» ha sido el canal por el cual el oportunismo político y sindical ha podido imponer el rechazo a la lucha clasista del proletariado sin apenas oposición, en general el proletariado ha permanecido completamente ausente, como clase, del terreno de la lucha clasista. El dominio que, sobre él, han ejercido los sindicatos colaboracionistas, los partidos obreros al servicio de la burguesía y sus auxiliares de la extrema izquierda, ha sido total. Los proletarios han acudido a sus convocatorias, masivamente en algunos casos, han seguido sus huelgas, han empleado sus métodos de lucha... como única vía para expresar su malestar, pero sin romper en ningún caso con la política derrotista que imperaba en ellas.

Invariancia histórica del oportunismo

La burguesía sabe una cosa: pese a su capacidad para controlar, a través de los agentes que entre los proletarios defienden sus intereses, los conflictos aislados que puedan aparecer; pese a que puede desplegar una fuerza bruta capaz de contener las explosiones de tensión social que su política genera; pese a que también puede ceder en

determinados aspectos para evitar que esta tensión social alcance cotas mayores... pese a todo ello, sabe que hay un método privilegiado para lograr atar al proletariado a sus exigencias: la democracia.

La burguesía nunca ha podido gobernar sola. Su dominio de clase está basado en unos factores materiales (competencia entre unidades productivas, crisis económicas periódicas, luchas nacionales que derivan en grandes enfrentamientos imperialistas, etc.) que le han forzado a buscar, a lo largo del ciclo de la historia en el que ha aparecido, aliados con los cuales poder estabilizar su poder, y después a combatir por poseer un papel predominante y, finalmente, lograr este objetivo sólo para recomenzar la lucha otra vez, esta vez contra las burguesías rivales. El medio feudal en el que nació y se desarrolló primero le proporcionó el amparo de la baja nobleza o de los poderes imperiales, las clases medias que constituyeron sus vecinos en el entramado social, después, le dieron también buena parte de la fuerza social que necesitó y, finalmente, el proletariado sobre el que domina y del que extrae su linfa vital en forma de plusvalía arrancada en el trabajo, es organizado de manera que muestre su aquiescencia a este modo productivo.

A lo largo del tiempo la naturaleza de estas alianzas ha variado y se han visto sucederse fórmulas de protección legal, uniones insurreccionales o modelos híbridos de gobierno nacional, hasta llegar al más moderno y refinado método mediante el cual la burguesía logra la colaboración de la mayor parte de la población, es decir, del proletariado moderno, en el mantenimiento de su dominio de clase. La democracia es, ante todo, el sistema político mediante el cual la burguesía logra la participación de este proletariado en el mantenimiento de la sociedad capitalista, no por medio de la violencia explícita, que queda reservada a ocasiones de máxima tensión social, sino a través de la sugestión, de la ilusión de un sistema en el que realmente las diferencias de clase en que se basa cualquier sociedad que ha existido hasta el momento, habrían desaparecido gracias a la participación política de las amplias masas nacionales en el gobierno parlamentario. O, en cualquier caso, de que existirían las vías para lograr esta desaparición y que estarían disponibles para ser transitadas a condición de que una mayoría de la población decidiese

hacerlo.

Históricamente, la democracia surgió en el enfrentamiento social que culminó con las revoluciones burguesas del siglo XIX para todo el área de Europa, América e Inglaterra con la instauración del poder burgués y el desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo en sus territorios, disolviendo, si no todos, sí los más importantes aspectos del mundo feudal en que nació la propia burguesía. La democracia nació, efectivamente, con las armas en la mano, chorreando sangre y lodo como el sistema social que la sustenta, fruto de un nada pacífico enfrentamiento que tuvo en la guillotina de la Revolución Francesa, en las picas de la Inglesa o en las decenas de guerras civiles decimonónicas españolas sus expresiones más claras. En todos estos acontecimientos, en la medida en que se dirimía la supervivencia del régimen feudal-absolutista, enemigo tanto de la burguesía ascendente como del proletariado, primer producto de la industria moderna y por lo tanto enemigo declarado de todos los regímenes anteriores al de esta, este proletariado luchó, con las armas en la mano y constituyendo en todos los casos la principal fuerza de choque del ejército entonces llamado progresista, junto con la burguesía. Y a la vez que luchaba contra el mundo feudal, contra el gobierno real, contra el poder político y económico de la Iglesia y contra las mismas trabas sociales en que este mundo le encorsetaba, exigía a la burguesía la aplicación plena de su programa revolucionario, la extensión a todos los ámbitos del terreno social de las reformas prometidas, la supresión de la administración absolutista y de su sistema político y la implantación de una amplia democracia (no sólo en su aspecto parlamentario, fuente entonces y ahora de todo el *cretinismo* político) a través de la cual hacer valer su fuerza como clase políticamente definida y distinta de la burguesía. Entonces esta defensa de la democracia tuvo un sentido *progresivo* para el proletariado porque mediante ella pudo aclarar los verdaderos términos del enfrentamiento social moderno, es decir el que se libra entre proletarios y burgueses, una vez liquidado cualquier resabio del mundo feudal que pudiese dar pie a creer que con él podría desaparecer definitivamente la lucha de clases. Llevando las luchas nacionales, correlato histórico de la implantación democrática, hasta el final y con las armas en la mano, el proletariado pudo

constituirse definitivamente como partido independiente, dotado por tanto de una doctrina y de un programa propio del cual descende una estrategia, una táctica y una forma organizativa clara, que no tienen nada de contingente sino que se encuentran forjados a fuego en las convulsiones que la guerra social ha generado. Una vez aparecido el proletariado como clase, por lo tanto como partido político, sobre el escenario histórico a través de la prueba sangrienta de su lucha independiente contra el régimen feudal, era la burguesía la que ahora estaba de más en este escenario. La lucha ya no se plantearía nunca más entre burguesía y regímenes precedentes, lo que en términos políticos se traducía en *democracia o dominio absoluto del monarca*, sino entre proletariado, clase portadora de la supresión definitiva de la sociedad dividida en clases, y burguesía. Por lo tanto, desde ese momento, es la democracia la que sobraba también y se convirtió en un freno para la delimitación definitiva de los verdaderos términos de la lucha.

Desde entonces la lucha de clase del proletariado, que se encamina exclusivamente a destruir el dominio de la burguesía como paso previo a la transformación socialista de la sociedad, ha sido, también, una lucha contra la contaminación democrática que plantea la cuestión no como un enfrentamiento, tal y como había sucedido en las revoluciones burguesas previas, sino en términos de la posible utilización de los recursos del sistema burgués para lograr una progresiva superación del capitalismo. Todas las corrientes que dentro del mismo movimiento proletario han promovido la necesidad de abandonar los medios de lucha revolucionarios e incluso, sobre el terreno inmediato, aquellos realmente efectivos para derrotar a un patrón aislado o a un grupo de patrones coaligados, han tenido como bandera la defensa de la democracia. Para nosotros estas corrientes, que han controlado a la clase proletaria excepto en los momentos radiantes de su lucha (París 1871, Rusia 1917) en los que su triunfo, pese a ser temporal, ha mostrado claramente su naturaleza radicalmente antidemocrática, estas corrientes decimos, han tomado la forma de sucesivas oleadas oportunistas (ver nuestras *Tesis Características del Partido en El Programa Comunista* n° 44) que han asaltado el cuerpo de la doctrina marxista para intentar adecuarla, adaptarla y hacerla compatible con la

«realidad de la sociedad moderna», es decir, para modificarla de tal manera que justificase imponer al proletariado la renuncia a su programa revolucionario a favor de la «coexistencia pacífica» con la burguesía.

Estas oleadas oportunistas han tenido, esencialmente, la función de contener el movimiento de clase en los límites de la aceptación del entramado social burgués, de sus instituciones y de sus políticas generales, para esperar a que una modificación progresiva de este permitiese lograr mejoras definitivas para los proletarios. De esta manera, se logró efectivamente que el proletariado confiase en la posibilidad de una evolución pacífica que llevase desde el mundo capitalista en pleno desarrollo hasta el socialismo a través de conquistas electorales, crecimiento numérico de las organizaciones obreras, gobiernos municipales (e incluso nacionales) compartidos con los sectores progresistas de la burguesía, etc. La escuela de Bernstein, principal exponente de toda la generación del oportunismo socialdemócrata del cambio de siglo, teorizó la renuncia explícita al programa revolucionario, combatiendo con especial saña el principio de la insurrección armada para la toma del poder, y en su lugar colocó la idea de un desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas capitalistas que, finalmente, harían superflua a la burguesía y acabarían tranquilamente con su lugar en la historia. Este verdadero gigante de la teoría de la conciliación entre clases (porque todos los que le han seguido, especialmente los actuales, son poco menos que enanos a su lado) se hizo eco del enorme progreso que la economía europea, sobre todo la alemana,

(sigue en pág. 4)

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -el periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de la que se ha tomado.

¡ Comienza el circo !

(viene de la pág. 3)

experimentaba en las últimas décadas del siglo XIX y de la creación de una capa de proletarios que por sus condiciones de vida parecían perfectamente asimilables al mundo burgués y constituían la cabeza de playa del reformismo obrero en este. Creyó que, en aquel contexto, la participación en el parlamento y en el resto de instituciones democráticas garantizaría que el partido socialista, a condición de renunciar a su programa marxista revolucionario, podría gestionar el traspaso de poderes de una clase a otra, siempre sobre la base de un progresivo desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas y de la concentración económica resultante de esta. El mayor mentís a esta teoría no lo dio el trabajo de los verdaderos marxistas por restablecer la doctrina de la emancipación proletaria en sus justos términos (Rosa Luxemburg, Lenin, el propio Kautsky en un primer momento...) sino los acontecimientos que, en unas décadas tan solo, volvieron a mostrar la validez de aquella doctrina contra cualquier puesta al día posible. La Iª Guerra Mundial, fin de la prosperidad eterna del capitalismo, la Revolución Rusa, dirigida por un partido que en ningún momento había cejado en su lucha contra cualquier oportunismo democratoide a la Bernstein, y la oleada revolucionaria en Europa marcaron el fin de esta forma histórica y concreta del reformismo.

Pero si la doctrina marxista, en cuyo centro está la inevitabilidad de la crisis capitalista como consecuencia del propio desarrollo de las fuerzas productivas, mostró de nuevo su potencia, el daño hecho por el combate que contra ella libró el oportunismo no pasó en balde. Si el proletariado europeo no reaccionó a la potente llamada del proletariado ruso a comenzar la lucha definitiva, si permaneció preso de las ilusiones reformistas, negándose a tomar las armas contra un sistema al que consideraba garantía, al menos, de ciertas mejoras, fue porque el virus democrático había infestado su cuerpo social, comenzando por su partido de clase, hasta el fondo. La burguesía victoriosa, que conservó el poder en un momento crucial en el que la toma del poder por parte del proletariado en algún país europeo, sobre todo en Alemania,

hubiese significado un paso de gigante hacia su aniquilación, fue la gran beneficiada del oportunismo que había dominado al Partido Socialdemócrata. No en vano recurrió a sus principales jefes para comenzar la reacción anti proletaria que acabarían, pocos años después, los nazis.

La oleada oportunista posterior, la que se levantó sobre el retroceso de la Revolución Rusa y aniquiló definitivamente las fuerzas del proletariado internacional comenzando por su vanguardia política, tuvo características de fondo idénticas a la previa. El estalinismo, nombre sintético bajo el que se agrupa tanto la política impuesta en la Rusia soviética del socialismo en un solo país como la renuncia en el resto del mundo por parte de los partidos comunistas a la lucha revolucionaria, se insertó entre los proletarios bajo la forma de nuevas ilusiones sobre la colaboración entre clases. De nuevo la democracia volvió a ser un principio irrenunciable para el proletariado, la verdadera vía de su emancipación como clase que discurriría dentro del respeto al poder político de la burguesía que debía ser apoyado en sus fórmulas democráticas como parte de las llamadas «vías nacionales al socialismo». Así, de la misma manera que el bernsteinismo había llamado a renunciar a la revolución a favor de las reformas, el estalinismo llamó a abandonar cualquier veleidad mínimamente clasista para defender la democracia amenazada primero por el fascismo y, después, por cualquier vertiente más reaccionaria de la burguesía. Este no es el lugar de glosar el decurso histórico del estalinismo como implacable fuerza de la contra revolución burguesa (para ello remitimos a los numerosos libros y escritos de la prensa del partido que han sido publicados desde la década de 1950), pero hay una característica esencial de la contra revolución que debe ponerse de relieve en cualquier caso. La defensa de los «casos particulares», de la excepcionalidad histórica de una situación dada, ha servido siempre de justificación formal para todas las renunciaciones posibles. El periodo de receso de la lucha revolucionaria en la Europa de los años '20 sirvió para justificar contra la teoría marxista las alianzas con las fuerzas «de izquierdas» de la clase burguesa; la lucha contra el fascismo,

fuerza llamada feudal cuando realmente era la expresión concentrada del dominio de clase burgués, allanó el camino a la participación con cualquier facción burguesa que se reclamase antifascista; la reconstrucción post bélica permitió a los partidos nacional comunistas entrar en los gobiernos burgueses y después abandonarlos por la misma lógica... Y así una infinidad de casos en los que la lucha revolucionaria del proletariado e incluso su lucha inmediata por cualquier mejora material han sido abandonadas en nombre de la excepcionalidad que presentaba esta o aquella situación concreta.

La disyuntiva, pese a todo, es la misma: ¡O preparación revolucionaria, o preparación electoral!

Hoy, cuando la crisis capitalista alinea a todos los herederos del oportunismo clásico en la defensa de la democracia como única vía posible para la lucha de clases, de nuevo esta tiranía de lo concreto vuelve a cobrar fuerza: se renuncia a la lucha general porque es abstracta y no aporta mejoras concretas; se entra en los parlamentos locales y en los ayuntamientos junto con aquellos a los que antes se despreciaba como «casta» porque, en esas situaciones concretas, es lo único realista; finalmente se abandonan incluso los mínimos de un programa reformista ya de por sí mínimo porque en tal o cual momento concreto es inaplicable. La fuerza del oportunismo no está, hoy, en presentarse como una opción para el proletariado sino en imponerse como lo único posible para él. La fuerza del oportunismo reside, hoy, en su capacidad para levantarse sobre la situación de impotencia que padece el proletariado, habituado durante décadas a una colaboración entre clases que al menos le reportaba una precariedad soportable, y llamarle a continuar confiando en esa colaboración *pese a que la burguesía ya no quiere ni puede colaborar*. Es cierto que el oportunismo hoy, en cualquiera de sus vertientes, de Podemos a los nacionalismos de izquierda pasando por la Unidad Popular, no aparece como un salvador in extremis de la burguesía como sí lo hizo en situaciones anteriores. Hoy no existe un movimiento proletario que amenace a esta burguesía, no existe un partido de clase como lo fue el bolchevique o el Partido Comunista de Italia cuando estuvo dirigido por la Izquierda que requiera una contra ofensiva del reformismo socialdemócrata o estalinista al que se permita gobernar

para atenuar la tensión social. Lo que sucede es que, pese a estas ausencias, pese a la falta de amenaza directa contra ella, la burguesía ha aprendido las lecciones que da la historia de la lucha de clases. Sus agentes entre el proletariado han sido puestos en juego de manera preventiva, cuando todavía es mínimo el riesgo y sumamente sencillo de conjurar. Se les han cedido ayuntamientos, se les ha dado un papel esencial en las Comunidades Autónomas y se les permitirá, con toda seguridad, jugar un papel de primer orden en la política nacional durante los próximos años. Y todo esto porque su misma aparición garantiza la confianza de los proletarios en la democracia. Porque con su sola existencia permiten canalizar la tensión social acumulada hacia fórmulas de supeditación a las exigencias de la burguesía que parecen novedosas pero que no difieren ni lo más mínimo de aquellas empleadas en el pasado, incluso en el pasado más inmediato. Las instituciones políticas impuestas en 1978, que parecían desgastarse a marchas forzadas en la medida en que los proletarios comprobaban con su experiencia que no respondían a las promesas de estabilidad y prosperidad que les habían hecho, son vistas, gracias a la luz que arrojan las Carmena y las Colau, como la única vía posible para la salvación. Esa ha sido la gran victoria de la burguesía, para la cual ha sacado, de nuevo, a sus eternos aliados.

Para nosotros, comunistas revolucionarios plenamente conscientes de que el periodo por el que pasamos no es ni será en un futuro inmediato revolucionario, esta situación no presenta nada de novedoso. El cáncer del proletariado son las fuerzas que le llevan a aceptar el dominio burgués como única alternativa y su metástasis, la vía por la que se extiende, la democracia como mecanismo para garantizar este sometimiento. Sabemos que en los parlamentos, municipales, autonómicos o nacionales, no se dará ni un solo paso hacia la reanudación de la lucha de clases. Que, de hecho, la fuerza que los impone como remedio para la situación que vive el proletariado hoy es el principal obstáculo para esta reanudación. Ni esperamos ni exigimos nada de los nuevos reformistas metidos a parlamentarios. Por el contrario, alejados de todo politiquero personal y electoralista, afirmamos que para los comunistas, en este terreno, la disyuntiva es clara: O se emplea toda la fuerza

disponible para organizar a través de las batallas cotidianas, apoyando toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, todo esfuerzo de reorganización sobre el terreno del asociacionismo económico en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista. O se gastan todos los recursos en alcanzar tal o cual sillón municipal, tal o cual puesto, desde el cual, previa renuncia a cualquier objetivo que realmente contradiga a los intereses de la burguesía, se aspire a lograr una mínima mejora (un desahucio menos, un centro cívico más... todas muy concretas, tanto como inútiles para cortar la raíz del problema, sobre todo cuando todo se ha supeditado a ellas). O se combate abiertamente por la reanudación de la lucha de clases a través, seguro, de miles de batallas mezquinas y limitadas pero valiosísimas e inevitables. O se combate por ligar al proletariado al carro de la burguesía a través de la democracia como principio inviolable. **O preparación revolucionaria o preparación electoral.**

Sabemos que, de acuerdo con la dureza de un momento en el que la clase proletaria está completamente alejada de su lucha de clase, el partido comunista no puede ser hoy sino un embrión que luce por colocarse sobre la vía del partido compacto y potente de mañana. Sabemos por tanto que nuestras fuerzas son mínimas y que no tiene sentido contentarse con lanzar las consignas de un pasado que fue mucho más favorable. Pero para nosotros no se trata de revivir formas pasadas, sino de colocarnos en la línea de ese pasado, que nos ha legado las mejores armas posibles, la coherencia teórica, programática, política, táctica y organizativa con las grandes luchas de clase del proletariado, con los momentos en los que el Partido Comunista, sobre el hilo del marxismo revolucionario, realmente espantó a la clase burguesa. Preparar hoy la revolución no es, por lo tanto, un brindis al Sol. Es empeñar todas nuestras fuerzas en combatir a sus enemigos, pese a que hoy parezcan vencedores y no se vea nada más allá, y hacerlo en nombre de un futuro que sin duda llegará y destrozará todas sus ilusiones a la vez que despierta a los que hoy parecen sólo unos ilusos y encontrarán mañana la fuerza para lograr la victoria definitiva.

« Il Comunista » N° 138, Aprile 2015

- I proletari di ogni paese devono rimettere al centro della loro lotta esclusivamente le condizioni della loro esistenza e gli interessi della loro classe che vanno oltre il quadro dei rapporti di produzione e di proprietà borghesi e che coinvolgono l'intero genere umano
- Proletariato palestinese e proletariato israeliano
- Verso una ricaduta del capitalismo mondiale nella crisi
- Indebitamento inarrestabile
- Tasso di disoccupazione
- Italia: malaffare e leggi inefficaci vanno sempre a braccetto

Giornale bimestrale -

Una copia 1,5 € 5 FS, £ 1,5 -
Abbonamento: 8 € 25 FS; £ 6 -
Abbonamento di sostegno 16 € 50 FS; £ 12.

«el programa comunista»

N°51, Abril de 2015

- El capitalismo mundial en la antecámara de una nueva crisis
- El partido comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (1921-1924) - (Fin) (Informe a la Reunión General del Partido en Florencia - del 30 de abril al 1° de mayo de 1967)
- Notas de lectura: Italia 1919-1920. Los dos años rojos, o cómo 'Lutte Ouvrière' reescribe la historia
- Notas de lectura: «Bordiga más allá del mito». El valor y los límites de una experiencia revolucionaria
- Pequeño diccionario de clavos revisionistas. Activismo.
- Tesis sobre la «cuestión china» (1964).
- Tesis y Adiciones sobre los Problemas Nacional y Colonial. Tesis suplementarias sobre la cuestión nacional y colonial. II Congreso de la Internacional Comunista. Moscú, julio 1920).

REVISTA TEÓRICA

Precio del ejemplar: 3€; América latina: US \$ 1.5; USA y Cdn: US\$ 3; £ 2; 8 FS; 25 Krs. **Precio solidario:** 6€; América latina: US\$ 3; USA y Cdn.: US\$ 6; 6£; 16 FS; 50 Krs. **Suscripción:** el precio de 4 ejemplares.

La regeneración democrática

(viene de la pág. 5)

Durante los últimos meses la consigna de toda la burguesía española ha sido *regeneración democrática*. Los partidos que habitualmente se han alternado en el poder, PP y PSOE, hablan de un necesario cambio en su manera de gobernar mientras que aquellos emergentes, dispuestos a ejercer tareas de gobierno desde el primer momento, claman que este cambio no es posible sin uno mayor que acabe o disminuya con la preponderancia de aquellos. La burguesía catalana, íntimamente ligada a la española pero compitiendo siempre con esta en materia de reparto de beneficios (por la vía fiscal en un primer momento, con exigencias políticas mayores una vez esta se truncó), defiende la independencia política catalana como vía para el cambio de modelo político y, de hecho, esta consigna soberanista implica la emergencia como fuerza decisiva de los sectores pequeño burgueses agrupados en torno a Esquerra Republicana y las Candidaturas de Unidad Popular. Las elecciones andaluzas han colocado a Podemos como llave del gobierno autonómico consolidando, pero a la vez limitando, la aparición de un oportunismo político renovado que aspira a contener la tensión social acumulada a lo largo de los últimos años.

En definitiva, existe un acuerdo generalizado entre todos los representantes políticos de la burguesía (y por lo tanto, existe también en la burguesía misma que ejerce su dominio político siempre y sea quien sea su representante) de que es necesaria una nueva *democratización* del país que corrija los defectos de origen del régimen institucional creado en 1978, como salida a la alteración de la fluidez de las relaciones sociales que provocó la muerte de Franco en el contexto de la crisis capitalista internacional. Siete años de una nueva crisis económica considerablemente más dura que la anterior han forzado a la burguesía a realizar un considerable esfuerzo en volver a engrasar su maquinaria de dominio político por excelencia, desechando los resortes ya gastados por el uso, reponiendo las piezas que se muestran inútiles y brillantando la vieja estructura para que parezca otra vez nueva.

¿Qué puede esperar el proletariado de esta puesta a punto? La respuesta la

tiene en el correlato de esta regeneración, en la música de fondo que acompaña a todo este aparente cambio institucional del que prometen que acabará con los excesos más lacerantes del sistema social. Más de treinta anarquistas detenidos en los últimos meses, decenas de trabajadores amenazados con penas de cárcel por participar en movilizaciones obreras, cientos de encausados por el mismo motivo y una legislación que, guiada como siempre con la excusa de la *lucha anti terrorista*, promete más dureza contra la clase obrera en general y contra los elementos más activos de esta en particular.

Existe una ecuación muy sencilla que siempre se cumple. Y el caso español no es una excepción: **más democracia equivale a más represión.**

Mientras que el nuevo oportunismo que representa Podemos y que incorpora a lo más granado de los partidos tradicionales de la izquierda, curtidos una y mil veces en la lucha contra la clase trabajadora, organiza su asalto al parlamento como nueva fuerza de contención social, los últimos meses han visto la aprobación de nuevas leyes encaminadas a preparar la represión preventiva contra cualquier elemento susceptible de desequilibrar el orden social. La llamada Ley de Seguridad Ciudadana y la Ley contra el terrorismo yihadista se ocupan, cada una en su ámbito, de facultar al Estado para actuar de manera expeditiva y utilizando todos los recursos a su alcance, tanto contra las movilizaciones sociales como contra los grupos organizados que intervengan en ella y mantengan una existencia independiente de las grandes corporaciones que participan en el circo electoral. Es cierto que tanto la izquierda que dispone de representación parlamentaria, como aquella que aún permanece fuera de las Cortes pero aspira a sustituir a la anterior en un plazo breve de tiempo, ha protestado contra estas leyes. Pero lo ha hecho porque su protesta no tendrá consecuencias. Estas leyes contra la movilización y contra el terrorismo, son consecuencia del marco legal ya creado por la legislación antiterrorista previa, la cual había tenido la aceptación de todos los grupos políticos nacionales (del PP al PCE pasando por el PSOE). Y a su vez esta ley antiterrorista fue precedida por la dotación de medios excepcionales a la policía a resultas

de la Ley Corcuera (también llamada Ley de Seguridad Ciudadana, aprobada por el PSOE en los años '90). Y, de nuevo, esta ley se insertaba en el marco de la guerra sucia contra la disidencia política, especialmente en Euskadi, que los grupos parapoliciales del PSOE (heredados, eso sí, de la policía y el ejército franquistas) y las instituciones democráticas aplicaban (recuérdese la presión carcelaria ejercida no sólo contra ETA sino también contra los GRAPO, los insumisos, la okupación de inmuebles vacíos, etc.). Nada nuevo bajo el Sol: los adalides de la regeneración democrática tienen las manos manchadas con la aplicación tanto de las actuales como de las anteriores medidas represivas. A medida que sus propuestas renovadoras ganan terreno, también lo hace la fuerza represiva del Estado burgués, al que ellos sustentan y con el que colaboran en el desarrollo de esta fuerza.

El texto en su contexto

La represión no es un fenómeno excepcional en el orden democrático. Y no lo es porque este orden responde, siempre, al gobierno dictatorial de la clase burguesa sobre el proletariado. Al contrario de lo que afirman los voceros de la burguesía, el desarrollo de las formas políticas es una consecuencia y no una causa del desarrollo material de la producción social, y en el capitalismo la clase burguesa gobierna sobre el proletariado porque la economía basada en el trabajo asalariado y la propiedad privada determina que esto sea así. En este modo productivo la clase burguesa se apropia de la riqueza social generada por la clase proletaria a través de la extracción de plusvalía, de la obtención del tiempo de trabajo no pagado, y es de esta manera como se crea su papel dirigente: el dominio político es una consecuencia del papel que juega en este ámbito y se sustenta directamente de la ventaja que obtiene en él. Las instituciones que encarnan la fuerza política de la burguesía y que sirven a esta para afirmar su posición tanto frente al proletariado como frente a otras burguesías nacionales en la competencia mundial por el reparto de los beneficios de la producción y el comercio, se levantan igualmente sobre la base de la explotación del trabajo asalariado. Son, por lo tanto, instituciones que recogen desde su nacimiento la naturaleza clasista de la sociedad y que tienen como fin primero la defensa del dominio de la burguesía

sobre esta. De estas instituciones, un buen número se encuentran dedicadas a lograr el mantenimiento de la paz social, es decir, a mantener al proletariado, que sufre regularmente las convulsiones derivadas de su papel como productor de la riqueza social y de esclavo de esta riqueza que se vuelve inevitablemente contra él, dentro de los límites de la colaboración entre clases. Para ello se mantiene el mismo armazón democrático del Estado, la propaganda de los medios de comunicación, los recursos destinados a los amortiguadores sociales capaces de compensar, en determinados estratos y sólo mínimamente, las consecuencias de la explotación y la exposición a los ciclos de bonanza y crisis de la economía capitalista, etc. Pero también existe una cantidad importante, del total de instituciones cuyo fin es imponer el dominio político de la burguesía, que se destinan a la represión pura y simple de cualquier intento de ruptura del orden social. Tanto dentro como fuera de sus fronteras, la burguesía nacional libra una guerra permanente, que si bien puede hacerse invisible en los periodos de relativa calma que aparecen entre convulsión y convulsión, nunca deja de existir y, por lo tanto, requiere de una inversión continuada en los medios que hacen posible la victoria contra los diferentes rivales.

En el ámbito exterior, la burguesía lucha contra sus competidores rivales, abre mercados, conquista territorios o se los arrebató a conquistadores anteriores... ninguna burguesía ha renunciado ni renunciará nunca a la formidable industria bélica que tantos recursos exige, tanto acero, petróleo, cobalto y otros recursos consume y tantos beneficios, entre ellos la fuerza frente a los rivales, proporciona.

Dentro de sus fronteras la burguesía también libra una guerra. El mantenimiento del dominio sobre el proletariado, el dominio político que permite el correcto desarrollo de las relaciones de producción propias del mundo capitalista es susceptible de verse alterado por causas que se encuentran dentro del mismo modo de producción capitalista. La burguesía conoce este hecho perfectamente porque lo ha vivido en toda su crudeza durante el siglo XX cuando las masas proletarias del Occidente y el Oriente, encabezadas por el proletariado ruso con su Partido Bolchevique a la cabeza, pusieron en cuestión, durante el periodo inmediatamente posterior a la I Guerra Mundial, el poder burgués.

Rusia, Alemania, Italia o Hungría fueron algunos de los países donde la lucha de clase del proletariado, firmemente engarzada a la dirección política del Partido Comunista, amenazó la estabilidad social del mundo burgués y, de estos países al resto del mundo, toda la burguesía aprendió las lecciones de esa amenaza. Una terrible contra revolución, que sólo acabaría con la inmolación en los altares de la defensa de la patria durante la Segunda Guerra Mundial de millones de proletarios, fue la primera consecuencia, pero más allá de esto la certeza de la necesidad de mantener un esfuerzo contra revolucionario permanente ha calado en la burguesía por encima de cualquier otra consideración.

La represión, verdadera institución en la sociedad capitalista, es uno de los principales pilares de este esfuerzo preventivo. Ciertamente la burguesía es plenamente consciente de su función. En la sociedad capitalista puede haber periodos de tranquilidad más o menos largos en los que el proletariado y la burguesía parecen cohabitar pero nunca, jamás, existirá un equilibrio estable entre las clases, la tendencia siempre es a la guerra social y la perspectiva de esta está bien presente en el horizonte. La represión burguesa es, por lo tanto, una constante, cuya intensidad depende de la situación por la que se pase, pero que nunca desaparece. Está encaminada a mantener al proletariado dentro de los límites de la sumisión a las exigencias de la economía nacional, reforzando la colaboración entre clases que las facilitan o imponiéndolas brutalmente según la situación, pero siempre orientada a un mismo fin.

Hoy la sociedad capitalista no se adapta al esquema liberal con que surgió a lo largo de las revoluciones del Siglo XIX. Si bien el mito de la libertad individual, de la división de poderes que garantiza la seguridad del ciudadano, etc. siguen presentes como parte del mito de la lucha contra la tiranía feudal en que se fraguó el dominio burgués, hoy las formas con que se aplica este dominio han variado sustancialmente. Es verdad que el contenido es exactamente el mismo porque el modo de producción capitalista sigue vigente y regido exactamente por las mismas leyes que en la fecha de su nacimiento, pero toda una serie de evoluciones en el ámbito estatal y sus aspectos jurídicos y legislativos, etc. subsidiarios se han producido encaminados a

perfeccionar el poder burgués. El fortalecimiento del Estado burgués, liberándole de cualquier traba que entorpeciese su funcionamiento hasta el punto de hacerle omnipresente en cualquier aspecto de la vida social y la integración en su aparato político de las «representaciones populares y obreras» que claman por el mantenimiento del orden y que lo conjugan el engaño liberal y el virus del pacifismo con la concentración cada vez mayor de los resortes de la violencia estatal y paralegal, estas son las características de la **democracia blindada** a la que se han convertido todas las burguesías.

La más democrática de las represiones

Durante el último año en España hemos asistido al fin de las grandes movilizaciones de masas que habían marcado a la crisis capitalista prácticamente desde su inicio y al ascenso fulgurante de un partido político, Podemos, que dice recoger todas las aspiraciones «populares» que latían en esas movilizaciones para transportarlas al ámbito parlamentario, único en el que, según sus líderes, pueden obtener satisfacción. No se trata de dos fenómenos diferentes, ni siquiera de dos hechos complementarios, sino del mismo proceso por el cual se elimina la tensión social encuadrándola en las ilusorias expectativas democráticas. Se reestablece plenamente la paz social cuando tanto el proletariado como las clases medias empobrecidas que habían manifestado más abiertamente la tensión generada por el brusco empeoramiento de sus condiciones de existencia confían de nuevo totalmente en el sistema democrático, mecanismo a través del cual la burguesía gobierna sobre él pero exigiéndole su participación en este dominio. En 1978 la Constitución democrática aceptada por todos los partidos políticos representativos (también por aquellos como el PCE que hoy claman por el fin del «Régimen del '78» y por la III República) tuvo la función de impulsar un funcionamiento democrático de la sociedad con el fin de que el proletariado afectado por la crisis económica y social que existía aceptase la colaboración entre clases y no la afirmación de su independencia de clase como única vía para resolver sus problemas. Hoy la regeneración que Podemos y tantos otros reclaman es simplemente una puesta a punto del

(sigue en pág. 8)

La regeneración democrática

(viene de la pág. 7)

contenido que existe bajo la fórmula democrática: sumisión del proletariado a la burguesía, aceptación de las vías legales y representativas como única manera de dirimir la tensión social. La democracia supone, sencillamente, la dictadura de la clase burguesa sobre el proletariado. Los efectos de la crisis capitalista habían colocado potencialmente al proletariado en situación de romper con la colaboración democrática que garantiza esta dictadura y la respuesta ha sido la ofensiva democrática de la burguesía para hacerle retornar a la vía que parecía extraviarse.

Después de un año desde la irrupción de Podemos, aupado directamente por todas las facciones de la burguesía española como respuesta urgente a un problema que podía irse de las manos (más que la crisis, las condiciones en que se realizará la famosa «salida de la crisis»), las manifestaciones callejeras han sido sustituidas por las tertulias televisivas y los debates periodísticos. Todas las expectativas parecen puestas únicamente en que los nuevos partidos de la izquierda que han aparecido de la noche a la mañana accedan al Parlamento y renueven el sistema desde allí, que en sus palabras, es el único sitio desde donde puede hacerse. El proletariado renuncia, así, a la lucha casi antes de haberla librado, las clases medias parecen encontrar finalmente calma ante tanta agitación y todo vuelve al cauce del que nunca debió salir.

Pero el mecanismo democrático de gobierno del que dispone el Estado burgués debe necesariamente ir acompañado de la aplicación de métodos abiertamente represivos que lo refuercen, golpeando sistemáticamente a los elementos de cualquier tipo que queden fuera del camino marcado. Esta represión, precisamente porque es un complemento de la acción democrática, no va dirigida contra el grueso de aquellos que participan o han participado en las movilizaciones provocadas por la crisis sino contra aquellos que tienden a no darlas por finalizadas una vez el nuevo *pacto* representativo se ha puesto en marcha. Podemos acaba con las movilizaciones, la llamada Ley Mordaza confiere a la policía la facultad de sancionar con durísimas multas a quienes participen

en ellas, sean estas legales o no. Los sindicatos representativos firman la paz social, decenas de trabajadores que aún realizan huelgas son detenidos y amenazados con la cárcel. Las candidaturas de la llamada Unidad Popular son promovidas como organización representativa, los grupos llamados subversivos pasan a tener prohibida la propaganda de sus fines y la captación de nuevos miembros en virtud de la ley contra el terrorismo yihadista. Y así un largo etcétera de acciones de compensación que apuntan todas al mismo lugar: fortalecer la integración democrática de la tensión social resultante de la lucha que la burguesía lleva a cabo contra el proletariado castigando duramente cualquier tendencia a sabotearla. Se trata de una represión exquisitamente democrática, realizada en nombre del bien común y de la paz social, que se ejerce contra una pequeña minoría de elementos díscolos, a los que estos últimos años han empujado a una mayor radicalización. Contra esta represión nadie levanta la voz: los nuevos partidos que dicen representar «a la gente» miran para otro lado mientras algunos de entre esta «gente» son arrestados por la noche y conducidos a prisión por el motivo de poseer un libro «subversivo»; los sindicatos dejan a sus propios miembros afrontar ellos solos las peticiones de cárcel; las plataformas anti desahucios callan cuando se desalojan inmuebles okupados con la excusa de la ley antiterrorista... La nueva democracia ofrece a la burguesía también la garantía de que será igual de despiadada con quien amenace tan sólo en potencia el orden social.

Vosotros los que entráis abandonad toda esperanza.

La crisis capitalista no ha traído la reanudación de la lucha de clase proletaria. En nuestra doctrina marxista nunca ha estado previsto que a las crisis cíclicas que sacuden la economía les sigan automáticamente convulsiones sociales tales que la lucha por el abatimiento del poder burgués sea puesto en el orden del día, ni siquiera que la lucha generalizada en el terreno de las exigencias inmediatas vaya a ser un hecho cierto. Por el contrario son las tendencias anti marxistas que pretenden poder renunciar al determinismo histórico que rige el curso del desarrollo social, quienes pretenden que la lucha revolucionaria es posible en todo

momento y en cualquier condición y quienes ven en la crisis económica una condición suficiente para que esta aparezca de nuevo. Nosotros, marxistas revolucionarios, afirmamos que la sucesión de los modos de producción que rigen la existencia de la especie humana no acaba con el capitalismo y que es en éste mismo donde se generan las bases de la transformación socialista de la sociedad. La principal de estas bases es el proletariado, producto de la industria moderna y portador de la capacidad de superar las relaciones productivas basadas en el salario y la propiedad privada, no para retornar a sistemas precapitalistas sino para abolir, definitivamente, la explotación del hombre por el hombre. También afirmamos que la destrucción del sistema capitalista implicará un largo periodo en el que se sucederán diferentes fases, la primera de las cuales será necesariamente la lucha contra el poder burgués, emanada de la centralización y dirección por parte del partido de clase de los impulsos a la lucha que la situación de la clase obrera en el mundo capitalista genera en esta y que supone el verdadero proceso de constitución del proletariado en clase. Como no hay rastro de automatismo en esta afirmación, tampoco hay nada de idílico en ella. La experiencia de las revoluciones victoriosas pasadas, de la Comuna de París y de la Revolución de Octubre de 1917, pero también de los casos en los que el proletariado, pese a estar perfectamente dispuesto para el combate, ha resultado derrotado, nos muestra que la guerra abierta contra la burguesía no se ventilará en el terreno del desarrollo progresivo de la fuerza obrera en el seno de la sociedad capitalista sino que triunfará o perderá en el campo de batalla.

Mucho antes de que esta guerra, en cuya perspectiva está puesto cada dato que arroja la lucha entre las clases, sea abierta, los proletarios deberán continuar su particular camino del Gólgota. Hoy es la burguesía la que ejerce su dictadura en cada parte del planeta y de forma totalitaria cualquiera que sea el revestimiento democrático o social que se imponga. Y mediante su dominio de clase combate, diariamente, contra cualquier brote de lucha proletaria, por pequeño que este sea. La represión es uno de los puntales de este combate y no cesará en ejercerla, sino que aumentará su intensidad en

la medida en que el aumento de la conflictividad social lo requiera.

La democracia es el arma más importante de que hoy dispone la burguesía para someter al proletariado y la represión forma parte de ella como el elemento punitivo que ayuda a sostener el andamiaje de la colaboración entre clases. Pero mientras que el dominio de clase de la burguesía es un principio de la sociedad capitalista, la democracia sólo es un instrumento. En determinadas ocasiones históricas, cuando el proletariado ha supuesto una amenaza mortal que no podía ser reconducida por vías legales al orden, los principios sagrados de la democracia han sido sustituidos por la dictadura abierta. Es el caso, sobre todo, de Italia en los años '20 del siglo pasado, cuando un poderoso proletariado conducido por el Partido Comunista (entonces dirigido por la izquierda y dispuesto a librar la batalla revolucionaria sabiendo que esta era, sobre todo, una batalla *anti democrática*) sólo pudo ser aplastado por el poder concentrado de la burguesía en un Estado fuerte que no respetase miramiento constitucional alguno, el fascismo de Mussolini, al que seguiría el de Hitler en Alemania y los regímenes totalitarios de España o Portugal.

También esta lección cuenta en el haber de la burguesía, que mientras glorifica la victoria de la democracia sobre el fascismo hace 70 años, lleva desde entonces con los métodos fascistas de gobierno asimilados e integrados en el cuerpo social. Democracia y fascismo son dos caras de la misma moneda, dos formas de gobierno de la dictadura burguesa sobre la sociedad utilizadas en situaciones sociales diversas; la democracia nutre el fascismo, el fascismo nutre la democracia, como la paz burguesa nutre la guerra imperialista y la guerra imperialista nutre la paz burguesa.

La burguesía, llegado el momento, hará uso de cuanto tenga a su disposición para acabar con la amenaza proletaria y las lecciones de la contra revolución que encabezó el fascismo son una advertencia para el proletariado: si no hay nada más autoritario que una revolución, por tanto nada más violento, no puede esperarse sino una fuerza igualmente autoritaria y violenta en sentido contrario como recurso contra revolucionario.

Pero hay otra lección que el proletariado debe aprender. La victoria de la burguesía no se consolidó, en la

época de la ofensiva revolucionaria del proletariado, hasta que este cejó en su lucha de clase. Y esto no se logró sólo mediante la represión sino que fue necesario que aceptase la defensa de la democracia, por tanto del poder burgués, precisamente como falsa opción para frenar la represión. Al fascismo se opuso la democracia, cuando aquel había sido consecuencia de aquella. A la represión, las libertades civiles «garantizadas» por el Estado burgués, el mismo Estado que ejercita la represión. Y la lucha de clase, finalmente, acabó reconvertida en la defensa de la colaboración con la burguesía. El tiempo transcurrido desde entonces, si acaso el balance de la contra revolución realizado entonces por nuestra corriente no hubiese sido suficiente, ha mostrado que la burguesía jamás abandonó los recursos represivos que con el fascismo había aprendido a utilizar, sino que los adecuó a cada situación. Y en toda situación desde entonces ha entendido perfectamente que el fin último de la represión no es tanto aniquilar a los revolucionarios como hacer aceptar al proletariado la colaboración democrática entre clases como única alternativa posible.

Hoy la represión burguesa se deja sentir en unos términos que no son comparables a los de hace 90 años. Pero su naturaleza es la misma. No hay vuelta atrás, no se retornará a sistemas liberales de gobierno en los que la libertad de expresión o de asociación estén garantizadas, al menos como entonces lo estaban. La única vía para acabar con la represión es acabar con el capitalismo. Para ello, el proletariado debe luchar exclusivamente en defensa de sus intereses de clase, sin buscar un terreno de entendimiento con la burguesía en el que, supuestamente, se pueda llegar a un equilibrio no lesivo para ninguna de las dos partes. Exigir, frente a la represión, más democracia significa únicamente exigir, y justificar, más represión. El proletariado, para poder combatir de manera más eficaz la explotación capitalista y contra cualquier tipo de opresión, debe volver a la lucha de clase, a los métodos y a los medios de la lucha de clase, con la perspectiva de elevar el nivel de enfrentamiento que los antagonismos de clase provocarán inexorablemente sobre el terreno más general y político.

Los intereses del proletariado, en la historia de la lucha entre las clases, no

se acaban con la defensa de las condiciones inmediatas de existencia y de trabajo –defensa absolutamente indispensable– porque se insertan en la perspectiva de un movimiento histórico por el que las fuerzas productivas de la sociedad – representadas en particular por la clase proletaria– se enfrentan con la forma de producción determinada por las relaciones sociales burguesas. Un movimiento histórico al cual ninguna fuerza burguesa podrá resistir, como las revoluciones proletarias del siglo pasado han demostrado, y para el cual será imprescindible la guía del partido comunista revolucionario constituido sobre las bases teóricas y programáticas del marxismo. Camino todavía largo, pero inevitable.

5-4-15

Dónde puedes encontrar
'EL PROLETARIO'

La Rosa del Foc
C/ Joaquim Costa 34 bj
28001 - Barcelona

Enclave de libros
C/ Relatores, 16
28012 - Madrid

Librería Primado
Avda. Primado Reig 102
46010 - Valencia

Librería Sandoval
Plazuela del Salvador, 6
47002 - Valladolid

suscríbíos

**¡SOSTENED
Y DIFUNDID
LA PRENSA
DEL PARTIDO!**

Correspondencia

**Apdo. Correos 27023,
28080 Madrid**

Email
elprogramacomunista@pcint.org

Visita el sitio del Partido
www.pcint.org

Una aclaración necesaria

Desde hace algún tiempo se han distribuido, en España, textos en castellano firmados como «Partido comunista internacional» (il comunista).

Aquel o aquellos que los han distribuido no forman parte de nuestra organización, por lo tanto estos textos no pueden ser considerados como provenientes de nuestro partido.

«Il Comunista» es uno de los órganos, en lengua italiana, del Partido Comunista Internacional (www.pcint.org) que publica, para España y los países de lengua española, el periódico *El Proletario* y la revista teórica *El Programa Comunista*.

Como saben los lectores de nuestra prensa y los proletarios que siguen nuestra actividad, que se prolonga ya a lo largo de décadas, las cabeceras con las cuales el partido es conocido en los diversos países, además de las que ahora recordamos, son: en francés *Le Proletaire y Programme Comuniste*; en inglés *Proletarian y Communist Program*; en alemán *Proletarier y Kommunistisches Programm*; en italiano *Il Proletario* además de *Il Comunista*, ya citado.

Nuestro partido está presente en España con su sección, que es la única responsable de toda la actividad de prensa, propaganda e intervención pública en las manifestaciones y en las luchas obreras. Todos aquellos que quieran tomar contacto con el partido deben utilizar sólo estas direcciones presentes en nuestro sitio: elprogramacomunista@pcint.org, o el apartado de Correos 27023-28080 de Madrid.

Todo el material de partido inherente a la actividad en España reporta constantemente la firma del partido y la referencia a nuestras cabeceras *El Proletario* o *El Programa Comunista*. Materiales, textos, opúsculos, tomas de posición, volantes, comunicados difundidos en España que lleven otras indicaciones –aún el nombre de otras cabeceras del partido– son ajenos a nuestro partido: acciones de este tipo son actos de confusión deliberadamente llevados a cabo para confundir las correctas posiciones del partido, y aquellos que las llevan a cabo lo hacen con el simple fin de hacerse pasar por simpatizantes o militantes de nuestro partido, cosa que no se corresponde con la realidad. Además, entenderse con grupos o grupúsculos nacidos del eclecticismo con el único fin de confundir a los proletarios más combativos para desviar la reacción de clase por los meandros del juego de las opiniones personales y de las sedicentes tácticas más eficaces gracias a su inmediatez, tratando de vincular al partido, bien mediante aquellos que se hacen pasar por miembros del partido o bien mediante aquellas posiciones que se

pasan de contrabando como posiciones del partido, es una acción aún más estúpida y vil.

El uso de estos expedientes mezquinos no puede sino generar inevitablemente confusión y denota la actitud, del todo pequeño burguesa e intelectualoide, de aquellos que siempre están dispuestos a comerciar con productos «sofisticados» y «variados» haciéndolos pasar por buenos y originales, además de demostrar que son individuos políticamente sin capacidad, imposibilitados para actuar si no es mimetizándose bajo formas que consideran «prestigiosas» para satisfacer su ansia de emerger de la masa.

No es la primera vez y no será la última que el partido es objeto de acciones de este tipo; en nuestra larga experiencia hemos visto cosas de todo tipo y sabemos que las acciones de falsificación de las posiciones marxistas y de la actividad concreta del partido de clase, son parte de la lucha que las fuerzas de la conservación social y del oportunismo conducen contra el movimiento de clase del proletariado y, por lo tanto, contra el partido de clase, utilizando cualquier elemento, consciente o inconscientemente qué más da, mejor si proviene de las filas proletarias o de la actividad política llevada a cabo por algún tiempo en las filas del partido. La experiencia del viejo estalinismo enseña mucho a este respecto.

Las posiciones que nuestro partido asume no son el resultado de consultas de opinión ni mucho menos del resultado de votaciones sobre tesis contrapuestas; son posiciones marxistas, revolucionarias, materialmente objetivas y sedimentadas por más de un siglo y medio de lucha contra la sociedad burguesa, su dominio y su ideología, y pueden ser hechas suyas por cualquiera, proletario o no proletario sin que se sienta obligado a someterse a la disciplina organizativa del partido. La fuerza de las posiciones marxistas es precisamente esta: *no son posiciones personales, no son propiedad privada depositada con copyright en los tribunales burgueses*; estas representan los intereses sociales de la clase proletaria que es la única clase de esta sociedad que tiene una finalidad histórica revolucionaria que prevee la desaparición definitiva de cualquier relación de producción y de propiedad burguesa. Pero los intereses históricos, e inmediatos, del proletariado como clase de esta sociedad y, al mismo tiempo, como única clase proletaria existente en el capitalismo, son representados y defendidos, en los flujos y en los reflujos de la lucha proletaria contra la burguesía, en el tiempo y en el espacio, con intransigencia e invariancia, sólo por el partido de clase. Hay quien comparte estos intereses de clase pero

no forma parte del partido de clase: los sostiene, los asume, los defiende en la lucha contra la sociedad burguesa y contra todos sus aspectos ideológicos, de propaganda y de actuación concreta del dominio de la clase burguesa en la vida cotidiana; hay quien, en vez de esto, los combate –actualmente la mayoría–, los trastoca, los falsifica para quitarles la fuerza de convicción que poseen y quitársela de paso también al partido que los propaga. Esta lucha anti proletaria y anti partido de clase, desde hace decenios responde a la actividad principal de todas las fuerzas de conservación y anti proletarias que existen, no importa bajo qué ropajes se enmascare esta actividad. El hecho de mimetizarse bajo los despojos del militante o del simpatizante se une, conscientemente o no, a la actividad anti partido de todos aquellos, de los burgueses declarados a los anarquistas, de los estalinistas o post-estalinistas a toda aquella pléyade de «extremistas» y «revolucionarios de opereta» que se hacen fuertes, en la práctica, por las debilidades reales en que se encuentra la clase proletaria desde hace muchísimos años y que, por lo tanto, permite engañar con gran facilidad.

Una cosa son las posiciones expresadas por el partido comunista internacional, propagadas y defendidas por sus militantes y simpatizantes, a través de la prensa del partido; otra cosa son las posiciones individuales y parciales que también cada proletario, en un momento dado de su lucha puede hacer suyas, propagándolas y defendiéndolas aún sólo en una determinada situación para después abandonarlas después de ser atraído, y desviado, por otras posiciones. ¡Pero otra cosa muy diferente y perversa es hacerse pasar por lo que no se es!

El partido, obviamente, defiende y defenderá sus posiciones auténticas contra cualquier acto que genere confusión, falsedad o eclecticismo de cualquier tipo. Y los proletarios que nos conocen y que nos siguen son perfectamente capaces de reconocer el original de la falsificación; los otros proletarios, antes o después, se darán cuenta durante la lucha contra el enemigo principal, que es la clase de los patrones y de los capitalistas, que en sus filas se insinúan constantemente posiciones falsamente de clase como un veneno inoculado deliberadamente para debilitar la reacción clasista y ofuscar la lucidez en la acción de defensa, acción absolutamente basililar para poder erigir sobre ella, mañana, las sucesivas acciones de lucha política y revolucionaria.

7 de junio de 2015

Partido Comunista Internacional (www.pcint.org). Il comunista - el proletario - el programa comunista - le prolétaire - programme comuniste - proletarian.

Próxima publicación

de *Razones de nuestro abstencionismo*

El opúsculo es traducción del libreto del mismo título editado en italiano en 1976 e incluye varios **Documentos de la Internacional Comunista de 1919-1920** (*El parlamento y la lucha por los Sóviets; La Tercera Internacional y el parlamentarismo; La introducción de Trotsky a las Tesis sobre los partidos comunistas y el parlamentarismo*). Respecto a la versión de 1976, damos aquí la traducción en forma completa hecha en su momento por el partido de las *Tesis sobre los partidos comunistas y el parlamentarismo* (aprobadas por el congreso de 1920 de la IC) y los textos de la Fracción Comunista Abstencionista del Partido Socialista Italiano de 1919-1920 y del Partido Comunista de Italia de 1921 (*La III Internacional y el parlamentarismo* –que añadimos respecto a los textos del opúsculo de 1976- *Tesis de la Fracción Abstencionista sobre el parlamentarismo*, presentadas al 2º congreso de la IC; el texto «1921: Elecciones» y el *Manifiesto para las elecciones políticas de 1921*, así como el titulado *Preparación revolucionaria o preparación electoral*).

La táctica propuesta por la Izquierda comunista italiana era la de preparación revolucionaria en antítesis a la preparación electoral, táctica que fue llamada **abstencionismo**, es decir, del boicot de las elecciones para dedicar todas las fuerzas a la preparación de la revolución y de la insurrección para abatir el poder político burgués. Tal táctica no estaba, y no lo está tampoco hoy, confundida con el antiparlamentarismo típico de los anarquistas, los cuales son antiparlamentarios porque son contrarios a cualquier forma de poder. Queda explicitado que el disenso sobre la táctica parlamentaria de la IC era entendido por la Izquierda comunista italiana como un disenso sobre la táctica y no sobre los principios, por lo cual no había motivo para «romper» con la IC. La disciplina que la Izquierda comunista italiana demostró al aplicar la táctica del parlamentarismo revolucionario votada por mayoría en el congreso de 1920 de la IC, no fue una disciplina tontamente burocrática, sino política. A través de ella se remachaba la adhesión a los principios de la revolución y de la dictadura proletaria como elementos de neta distinción entre comunistas y oportunistas en la lucha contra el poder burgués y sus métodos de gobierno, por lo tanto también contra la democracia burguesa y sus instituciones; identidad programática que podría prever que sobre una cuestión de táctica existiesen disensos, que serían en cualquier caso resueltos con la correcta aplicación y el correcto balance sucesivo.

En aquel momento histórico en el cual se abrió un periodo favorablemente revolucionario, hubiese sido extremadamente contraproducente dividir las fuerzas revolucionarias en debates infinitos en lugar de usarlas en la preparación revolucionaria común. El otro aspecto del problema era el de ser disciplinados a una táctica única, centralizada, por el cual el método de la misma Izquierda comunista italiana luchó para que en las Condiciones de admisión de la Internacional Comunista estuviese evidenciado el vínculo a las resoluciones de los congresos de la IC de cualquier partido adherente (y, de hecho, la condición número 16 afirma que «Todas las resoluciones de los congresos de la Internacional comunista, como por ejemplo las resoluciones de su Comité ejecutivo, son vinculantes para todos los partidos pertenecientes a la Internacional misma») y fuese claramente declarado que todos aquellos que rechazaban las tesis y las condiciones de la IC fueron inmediatamente expulsados (como de hecho afirma la condición de admisión número 21).

Proletarian

Nº 11
(Winter-Spring 2015):

- Down with the Imperialist War in Iraq and Syria!
- No to the pro-imperialist mobilization around Kurdistan!
- Ferguson, USA: An episode in the class war
- For anti-capitalist class struggle!
- For the international communist revolution!
- The Immediate Revolutionary Program (General Meeting of Forli, December 28th 1952)
- Down with the latest criminal abuses by the Israeli state! Solidarity with the Palestinian proletarian masses!
- Ukraine: Against nationalism! For proletarian class unity!
- Ukraine: The fall of Yanukovych will not solve the problems of the proletarian masses
- The monarchy of Felipe VI or the Third Republic are only forms of government of the bourgeois class, and therefore of exploitation and misery for the proletariat
- The Algerian Trotskyists in the mirror of the presidential election

Newspaper -
£ 1, US \$ 1,5, 1 €, 3 CHF

**¡Lean, difundan,
sostengan la prensa
internacional del partido!
¡Suscríbanse!**

- Il comunista -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 €; £ 1; 5FS;

- Le prolétaire -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 €; £ 1; 3FS.

- Programme communiste -

Revista teórica

Precio del ejemplar: 4 €; £ 3; 8FS;
América Latina.: US\$ 2; USA-Cdn:US\$ 4.

- El programa comunista -

Revista teórica

Precio del ejemplar: 3 €; £ 2; 8FS;
América Latina.:US\$ 1,5; USA-Cdn:US\$ 3

- El proletario -

Precio: Europa: 1,5 €; 3CHF; 1,5£;
América del Norte: US \$ 2; América
Latina: US \$ 1'5

- Proletarian -

Suplemento en inglés al «le prolétaire»
Precio del ejemplar: 1 €, £ 1, 3 CHF.

Nueva edición del Partido:

TERRORISMO Y COMUNISMO de L. Trotsky

En Junio de 1920 salía publicado este texto, titulado Terrorismo y Comunismo, uno de los más eficaces y tajantes de Trotsky. Fue entonces cuando la Internacional Comunista se encargó de su edición en diversas lenguas: rusa, francesa, alemana, inglesa, etc. Con la victoria de la contrarrevolución estaliniana y con la victoria de la democracia burguesa sobre el comunismo, este texto ha logrado convertirse en uno de los más indigestos que pudieran existir para todos aquellos – empezando por los propios trotskistas – que conciliaron con toda la ideología y la praxis de la democracia, del antifascismo democrático, de los frentes populares, del parlamentarismo y el electoralismo, del pacifismo.

En 1980, nuestro partido de ayer, a través de su casa editora, Editions Prométhée, de París, volvía a publicar este texto sobre la base de la traducción francesa de las Ediciones de la Internacional Comunista en 1920, confrontándolo con el texto ruso contenido en Sotchinienya, Moscú, Ediciones del Estado, 1925. Luego ha sido publicado por entregas, esta vez en lengua italiana, desde septiembre de 1995, en nuestro órgano "Il comunista" (n° 46 - 47) hasta febrero de 2003 (n° 83), y después, en 2010, gracias a una importante colaboración de nuestros lectores, fue publicado en un solo volumen.

En esta ocasión, ponemos esta importante obra – esta vez en lengua castellana – a la disposición de todos aquellos militantes, simpatizantes, o simples lectores, que siguen nuestra actividad y leen nuestra prensa. Esta edición ha sido cuidada y revisada, teniendo por base y comparación tanto la traducción italiana, como la traducción francesa publicadas por las Ediciones de la Internacional Comunista en 1920 (reproducida casi sin cambios por todas las ediciones francesas sucesivas), revisada en su tiempo a partir del texto ruso que figura en los Sotchinienya, Moscú, Ediciones del Estado, 1925.

«Presentación» de *Terrorismo y comunismo* de L. Trotsky

«*Terrorismo y Comunismo*» es probablemente uno de los textos mayores de Trotsky, uno de los más claros, tajantes y potentes. La razón es simple: más allá de las cualidades personales del autor, es la voz de la revolución que se expresa en la hora de la lucha suprema, a través de uno de sus jefes, quien dirige la lucha en el propio campo de batalla.

El libro de Trotsky está dirigido formalmente contra Karl Kautsky, y fue escrito, como él lo dirá más tarde, «en el vagón de un tren militar, y bajo el fuego de la guerra civil». El antiguo jefe de la IIª Internacional pasado al enemigo, el viejo pontífice internacional del marxismo, estuvo a la cabeza de una campaña de infamias contra la revolución bolchevique, en nombre del «socialismo democrático». En 1918, este había consagrado un folleto para demostrar que la dictadura del proletariado debía ser... democrática, y para atacar a los bolcheviques cuya revolución no lo era. Esto provocó una fulminante réplica de Lenin en «*La revolución proletaria y el renegado Kautsky*». Un año más tarde, el renegado reincidía arrojando en un folleto intitulado «*Terrorismo y Comunismo*» su bilis de pequeño-burgués pacifista, sofocado por los métodos inclementes de la revolución rusa que luchaba para entonces por su existencia misma contra las múltiples intervenciones imperialistas, el hundimiento económico y la contrarrevolución interna. Esta vez va a ser Trotsky quien le responderá. Con dieciocho meses de intervalo, los dos «Anti-Kautsky», escritos por los dos principales dirigentes de la revolución bolchevique, constituyen una magnífica defensa del marxismo revolucionario contra el pacifismo pequeño-burgués y

democrático, hipócritamente vestido de vocabulario marxista. Con tanta razón estos textos no tienen un interés simplemente histórico; en la medida en que la revolución proletaria queda por realizarse tratan problemas del futuro.

*

La cuestión central, a la cual en definitiva se remiten las otras cuestiones, es simple: ¿SI o NO la revolución implica el recurso a las armas, la insurrección, la guerra civil, la instauración de la dictadura del proletariado?

Aquellos que responden no, le dan la espalda al marxismo y abandonan el terreno de la revolución por el de las «nuevas vías», las «vías pacíficas al socialismo» cuya diversidad, novedad y especificidad son tanto más altamente proclamadas, cuanto más estas se reintegran totalmente a la matriz carcomida del reformismo y del pacifismo social, en otras palabras, de la sumisión a la ideología de la clase dominante. Tal es el caso, principalmente, de los partidos comunistas «oficiales», alineados desde hace tiempo bajo la bandera del orden establecido, haciendo creer que la burguesía imperialista pudiera abandonar el poder... por la vía electoral. A estos, Lenin ya había respondido:

«... suponer que en una revolución más o menos seria y profunda la solución del problema depende sencillamente de la relación entre la mayoría y la minoría, es el colmo de la estupidez, el más necio prejuicio de un vulgar liberal, es engañar a las masas, ocultarles una verdad histórica bien establecida, a saber, que en toda revolución profunda, la regla es que los explotadores – quienes, de hecho, durante muchos años han conservado grandes ventajas sobre

los explotados – opongan una resistencia larga, tenaz, desesperada. A no ser en la fantasía dulzona del pájaro Kautsky, los explotadores jamás se someterán a la decisión de la mayoría de los explotados, sin antes haber puesto a prueba su superioridad en una desesperada batalla final, en una serie de batallas».

Es por esto por lo que en determinados momentos de la historia, la lucha de clases desemboca ineluctablemente en la guerra civil, y cuya solución depende, en última instancia, de las armas. La revolución, escribía Engels, es «*el acto mediante el cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios por excelencia; y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por medio del terror que sus armas inspiran a los reaccionarios*».

Si admitimos esta realidad – y revolucionarios dignos de este nombre no pueden contentarse con admitirla, sino que deben prepararla – entonces no queda sino asumir todas sus consecuencias. En la revolución y en la guerra civil, como lo muestra magníficamente Trotsky, no se trata solamente de batirse contra, sino de **vencer** al adversario burgués, de **aniquilarlo para siempre** en cuanto clase; si no, la historia lo ha demostrado abundantemente, éste no dará cuartel. Para vencer, hay que utilizar **todas** las armas, sin vacilar, sin ninguna excepción, y utilizarlas de manera **despiadada**. Estas armas son la violencia proletaria sin trabas, dirigida por el partido centralizado del proletariado, el desmantelamiento del Estado y la dispersión, en consecuencia, de todas sus instituciones

«democráticas» que no sirven sino para mixtificar a la clase oprimida; además de la supresión de partidos enemigos, de todos sus apoyos y periódicos, la instauración del terror proletario contra la clase vencida para desorganizarla e impedirle levantar cabeza; la guerra civil conducida de manera decisiva e implacable contra todo enemigo armado, la liquidación física de los jefes políticos y militares de la clase enemiga, hasta que la revolución no haya asegurado definitivamente su poder, la toma de rehenes y las represalias – en una palabra, *todas las medidas que se adoptan en una guerra civil sin exceptuar ninguna.*

¿Es horrible todo esto? Sin duda alguna.

Pero el capitalismo imperialista, con sus rivalidades y conflictos que se exacerbaban cada vez más, con sus guerras y represiones incesantes, con el latrocinio que inflige al planeta, aparte de sus crisis periódicas, es una atrocidad mil veces más horrible para nueve décimas partes de la humanidad – e incluso para el décimo restante representado por los estratos privilegiados que se creen al abrigo en el interior de los grandes centros imperialistas – que es regularmente arrojada al holocausto por el reparto del mundo.

De la utilización implacable de todas las armas, es la clase dominante misma quien ha dado y aporta constantemente su ejemplo, bien sea en la represión o en ajustes de cuentas entre burguesías rivales. Ella muestra, de esta manera, la vía al proletariado, quien no tiene otra opción histórica que la de ejercer la opresión para acabar con la opresión, la dictadura para acabar con la dictadura, la violencia suprema de las armas para poner fin a toda violencia.

¡Ebriedad sanguinaria! gritan todos los filisteos. Pero es exactamente lo contrario. Cuanto más la revolución proletaria se muestre decidida, audaz, despiadada con la burguesía, nos enseña Trotsky citando a Lavrov, más rápida será su victoria, y sin embargo, menos sangrienta, menos costosa en vidas humanas para la clase obrera. Es así como razonan los marxistas, como materialistas implacables, y no como llorones o pusilánimes pequeños burgueses.

Vacilar, desviarse, querer fijar reglas de conducta, querer evitar el enfrentamiento que es inevitable, oponer la menor restricción al paso implacable de la revolución, es debilitarla; quien así actúa no está tratando de ahorrar vidas humanas, sino de preparar, en el mejor de los casos, baños de sangre suplementarios, o desastres, en el peor de los casos. ¡Cuántos centenares de miles de vidas proletarias, desde la

Comuna de París hasta la represión en Chile, no habrá costado esta verdad!

Es por eso que, aquellos que no dan la espalda de manera franca a la revolución proletaria, pero la aceptan *en principios* y *en palabras*, aunque siempre expresando reservas implícitas y explícitas en torno a sus *modalidades*; todos aquellos que dan vueltas y más vueltas evitando como la peste pronunciarse claramente y sin equívocos sobre las cuestiones de la insurrección, de la dictadura y de la guerra civil, todos aquellos que no aceptan el recurso a las armas más que en forma restringida, «sólo si es absolutamente necesario» – ¡como si montones de cadáveres de proletarios no hubieran ya respondido desde hace tiempo! – todos aquellos que querrían una violencia no-violenta o «no tan» violenta y una dictadura no-dictatorial con libertad de organización y de expresión para el adversario burgués (¿y por qué no de armamento, ahora que hablamos?), todos aquellos que quisieran someter el huracán de la revolución a los pequeños prejuicios razonables, democráticos y legalistas que les han sido insuflados por la ideología burguesa – todos éstos serán tan peligrosos mañana para la revolución, como aquellos que hoy le dan francamente la espalda, profesando el evolucionismo democrático y electoral. Todos ellos, en la época de Lenin y Trotsky, eran los kautskistas del exterior y los mencheviques del interior. ¿Hacer la guerra civil? ¡Qué horror, decían los mencheviques, abajo la guerra civil! ¿Fusilar a los contrarrevolucionarios? ¡Qué falta de humanidad! ¿Tomar rehenes? ¡Qué barbaridad! ¿La dictadura dirigida por un solo partido? ¡Ese partido «sustituye» a la clase! ¡qué atentado contra las otras «tendencias» del movimiento obrero! ¿Suprimir los periódicos del adversario? ¡Qué crimen contra la democracia! Y así hasta el infinito.

Emancipar a los explotados a escala del planeta, derribar el peor régimen de opresión y de masacre que haya existido en la historia, crear las condiciones para una sociedad nueva y fraternal que hará desaparecer la explotación, estos señores bien quisieran consentirlo. Pero que baste para ello pisar las delicadas platabandas de las «conquistas democráticas» que adornan tan bellamente los presidios obreros y que estos quisieran conservar para la casita de sus sueños; esto, ellos no lo soportan.

Todos estos apóstoles del *sí-si* o del *sí-pero* abundan en la hora actual, contribuyendo a oscurecer la visión de la emancipación proletaria. Pero la historia nos enseña suficientemente que en materia de revolución, a la hora del enfrentamiento supremo, ya no hay lugar

para el *sí-si* o el *sí-pero*; no hay sino dos campos, el de la revolución y el de la contrarrevolución – y los apóstoles del *sí-pero*, en su gran mayoría, siempre terminan por adherirse al segundo, lo que en nada nos sorprende puesto que todas sus objeciones y sus reservas dejan transparentar en filigrana la ideología burguesa y sus prejuicios. Esto es lo que muestra Trotsky contra cada uno de los miserables argumentos que pondera Kautsky y sus refutaciones no tienen precio para el presente y el porvenir.

Una precisión es necesaria a propósito de las medidas de movilización del trabajo, de los llamados a la intensificación de la producción y al voluntariado, de la «militarización del trabajo» e incluso de la «militarización» de los sindicatos, comentadas por Trotsky en el capítulo VIII de este su libro. No faltarán aquellos que hagan notar una analogía entre estas medidas y aquellas que tomará más tarde el estalinismo con sus campos de trabajo, su productivismo forzoso, su estakhanovismo, etc. y de sacar la conclusión de que en materia económica como en materia política, el presidio estaliniano se encontraba ya contenido en las medidas dictatoriales de los bolcheviques.

Esto equivale a olvidar que la Rusia de 1918-1920 era una **fortaleza asediada** por la contra-revolución; sometida al bloqueo económico, donde la producción se hundía, donde reinaba el hambre, y que varios ejércitos blancos o extranjeros buscaban liquidar, donde había que, a pesar de todo, **aguantar**. Tal fue el conjunto de medidas tomadas por los bolcheviques y designadas con la expresión «comunismo de guerra», cuyo nombre de «*comunista*» sólo lo merecía el **poder proletario** que las aplicaba y no las medidas en sí mismas, que eran medidas de **guerra**: guerra económica, guerra imperialista, guerra civil. Notemos que en ningún lugar Trotsky las califica de medidas económicas socialistas, así como no veremos en ninguna parte a Lenin calificar la Rusia post-revolucionaria de país **económicamente** socialista.

EL LIBRO COMPLETO
se puede descargar en el sitio del
partido en internet:

WWW.PCINT.ORG

para copias en papel
(5 euros la copia)

**Apdo. Correos 27023,
28080 Madrid**

La lucha de clase contra la explotación capitalista es vital, tanto para defender las condiciones de existencia del proletariado en todos los países del mundo como para lanzar, mañana, la lucha decisiva contra el poder político de las clases dominantes burguesas y liquidar el régimen de esclavitud salarial impuesto y mantenido con la fuerza del capitalismo.

¡Este es el verdadero significado del Primero de Mayo proletario, internacionalista y de lucha!

¡Proletarios! ¡Compañeros!

Después de 7 años de crisis económica y social, el capitalismo no ha logrado devolver las condiciones de vida del proletariado – la gran mayoría de la población en todos los países- a un nivel tolerable. La opulencia de los países capitalistas avanzados se refiere exclusivamente a la gran minoría de burgueses que acaparan con la fuerza y con el engaño toda la riqueza social producida por el trabajo humano, mientras el proletariado y los estratos inferiores de la sociedad son golpeados sistemáticamente por la incertidumbre general de la vida, precipitándose en la miseria, en el hambre y en la desesperación. En los países capitalistas atrasados, abastecedores sobre todo de materias primas y de brazos proletarios que explotan sin escrúpulos, rige la misma ley del beneficio que gobierna los países industrializados gracias a la cual restringidos círculos burgueses, a sueldo de los potentados económicos, políticos y militares de los estados más fuertes del mundo, dominan sobre vastas masas empobrecidas y esclavizadas con la única finalidad de mantener un poder del que chorrea la sangre de millones de seres humanos.

Si era necesario demostrar que el régimen capitalista, en todos los países del mundo, representa para la gran mayoría de la población una vida de sufrimiento y de muerte, estos años de crisis continuada lo confirman de la manera más trágica. Las guerras de rapiña que han devastado en los últimos veinticinco años los países de África y del Medio Oriente demuestran la imposibilidad del capitalismo de asegurar paz, bienestar, prosperidad como hipócritamente cantan los aduladores del beneficio capitalista. Los representantes de los países imperialistas dominantes, mientras se ponen de acuerdo para expoliar el mundo dividiéndose las zonas a explotar y controlar, se preparan al mismo tiempo para hacerse la guerra, en un primer periodo por estados interpuestos para después pasar, cuando la situación de precario equilibrio de los enfrentamientos mundiales se rompe, a hacerse la guerra directamente como ya sucedió en 1914 y en 1939.

En paz o en guerra el proletariado es siempre lo mismo: una bestia que explotar en tiempos de paz, carne de cañón en tiempos de guerra. Esta es la suerte a la cual las masas proletarias de cada país son destinadas mientras exista el capitalismo: a los pocos y raros periodos de paz, siguen o preceden periodos de guerra, de destrucción, de devastación. A los muertos por «accidentes en el trabajo», por intoxicación de amianto, de dioxinas, en las migraciones forzadas y por las más diversas formas de represión policial que en «tiempo de paz» no faltan nunca, se unen los muertos a centenares de miles en «tiempos de guerra». La paz en el régimen burgués, como afirmaba Lenin, es un intermedio entre las guerras.

¡Proletarios! ¡Compañeros!

¿Cómo pueden defenderse las masas proletarias y salir de esta tremenda suerte que reserva para ellas la sociedad burguesa? ¿Qué futuro pueden imaginar para sí y para sus propios hijos? Migrantes que pierden la vida en el intento de huir de condiciones de vida insostenibles en sus propios países de origen; los mineros que pierden la vida en las galerías que se vienen abajo por incuria y por un ahorro criminal en las medidas de seguridad; trabajadores que, por las mismas razones de ahorro en las medidas de seguridad y de prevención, mueren en las fábricas o caen de los andamios o se consumen en la agonía en la cual se precipitan por enfermedades provocadas por el uso de materiales nocivos y por trabajos en los cuales la peligrosidad es de sobra conocida por los jefes de la empresa y los patrones; proletarios que se desgastan bajo el peso de una esclavitud salarial que, por motivos de beneficio capitalista, no garantizan ya una vida, expeliéndoles del proceso productivo y lanzándoles a la miseria y la desesperación: he aquí el futuro para millones de proletarios en el mundo. Y para muchos de ellos ya es el presente.

¿Cómo salir de esta trágica situación? La burguesía democrática, sostenida por partidos y organizaciones sindicales falsamente representantes de los intereses de los trabajadores pero en realidad colaboracionistas, continúan propagando la necesidad de «reformas», de «soluciones» contingentes útiles para «salir lo más rápido posible de la crisis», todas dirigidas a la «reanudación económica» y al «crecimiento».

La misma historia del desarrollo de los países capitalistas demuestra que sin la presión social de la lucha de clase el proletariado no habría tenido nunca una mejora en sus condiciones de vida y de trabajo; que sin la lucha clasista continua el proletariado nunca habría podido mantener en el tiempo estas mejoras; y que la lucha que la burguesía conduce contra el proletariado, en un antagonismo entre las clases que no desaparece nunca de la sociedad burguesa, arrebatada las concesiones hechas bajo la presión de la lucha proletaria.

Es, por lo tanto, una cuestión de **relaciones de fuerza** entre las clases burguesas en el poder y la clase del proletariado. En la medida en la cual la clase burguesa logra colocar bajo su influencia directa las organizaciones de defensa del proletariado y los partidos políticos que se dotaban de programas socialistas, o comunistas, transformándolos en organizaciones colaboracionistas, refuerza su dominio sobre toda la clase proletaria y la coloca a su merced. En la medida en la cual la clase del proletariado logra organizarse de manera **independiente** de los intereses y de las instituciones burguesas, refuerza su capacidad de oponerse a la presión económica y social de la clase dominante, colocando al mismo tiempo las bases para elevar su propia lucha a un nivel más alto y de mayores perspectivas, a un nivel **político**, colocándose finalmente sobre el terreno decisivo no solo para la suerte del proletariado como clase de esta sociedad, sino para la suerte de la sociedad en general, reconociéndose como clase que no lucha sólo para defenderse de la sociedad burguesa y de sus leyes económicas y políticas, sino también para revolucionar toda la sociedad, de arriba abajo, abriendo la vía a la sociedad sin clases, sin esclavitud salarial, sin opresión y sin explotación del hombre por el hombre.

Que la clase del proletariado y su movimiento en la sociedad son decisivos en las relaciones sociales lo demuestra la misma clase dominante burguesa a través de los enormes recursos que utiliza no solo para reprimir y controlar cualquier movimiento del proletariado y de sus grupos más decididos, sino también para influenciar, organizar y desviar a las masas proletarias del terreno del enfrentamiento de clase, es decir, del terreno en el cual la clase proletaria reconoce que sus propios intereses tanto inmediatos como futuros son diametralmente opuestos a aquellos de la burguesía y que para defenderlos e imponerlos es vital que la organización y la lucha del proletariado sea y se desarrolle de modo totalmente independiente de las organizaciones y de los intereses de la burguesía y de cualquier estrato o grupo social, laico o religioso, ligado a la clase burguesa misma.

La burguesía, en el curso histórico de su dominio de clase, ha sacado una gran lección, sobre todo de las luchas revolucionarias del proletariado. Ha entendido que el ambiente político y social empapado de democracia ha sido y es el ambiente más apto para utilizar al proletariado a favor del propio poder político y a favor de la defensa de sus propios beneficios capitalistas. Naturalmente la burguesía debía y debe dar algo a cambio al proletariado para obtener esta aquiescencia y para mantenerla. Sobre el plano económico-social, mientras perdura el método de la lucha de competencia entre proletarios, la burguesía concede pequeñas «garantías» materiales –estas concesiones que no por casualidad se llaman *amortiguadores sociales*- a través de las cuales continúa dividiendo a los proletarios en miles de estratos diversos, pero a cambio ofrece medidas económicas y sociales que van a cubrir las necesidades más impelentes del proletariado. Sobre el plano social, se coloca al proletariado en condición de identificarse con la pequeña burguesía exaltando el individualismo y el interés personal, pero, al mismo tiempo, interviene con más o menos dureza en acciones de represión en todas las ocasiones en las cuales los proletarios reaccionan a los agravios, a las vejaciones y a los chantajes de los patrones. Sobre el plano político, ha abierto las puertas del parlamento y de las instituciones a los «representantes» de los trabajadores, comprando de hecho sus servicios con el fin de mantener a los proletarios en la ilusión de que sólo a través de estas instituciones es posible obtener mejoras o, al menos, frenar el empeoramiento.

¡Proletarios! ¡Compañeros!

Desmoralizar, desorganizar, deprimir el movimiento de resistencia del proletariado bajo la presión capitalista: este es el objetivo de las organizaciones económicas y políticas del colaboracionismo interclasista. Del pan. La solidaridad con la economía empresarial y con la economía nacional, por lo tanto con la clase patronal y el poder político burgués dominante, mata la solidaridad de clase entre proletarios. No se puede ser solidario entre proletarios y, al mismo tiempo, solidarios con los patrones privados o con el patrón público (el Estado): los intereses de clase están contrapuestos, son antagonistas, y es la clase burguesa la que lo demuestra primero, con sus medidas de austeridad, de tasación, de represión. La democracia, invocada por los burgueses para que los proletarios la respeten y la deseen, es hollada por los propios burgueses, que son los primeros a violar las leyes, como la evasión fiscal, la corrupción y la economía sumergida demuestran

ampliamente. Por otro lado, basta con ver la obra de las fuerzas policiales: ¿han defendido alguna vez a los proletarios contra los patrones? No, lógicamente, porque las fuerzas de la policía defienden la propiedad privada y los intereses de los patrones, contra los proletarios que con su lucha los pueden poner en cuestión.

Que los proletarios están constreñidos, por las mismas condiciones sociales en las cuales se encuentran, a luchar para sobrevivir es algo obvio. Pero el problema es cómo y por qué luchar.

¿Cómo luchar? Deben oponerse a los métodos que los patrones y la clase burguesa usan para colocar a los proletarios en condiciones de trabajo y de vida que permitan obtener mayores beneficios. Los proletarios deben, por ello, defenderse eficazmente, utilizar los medios y los métodos de la lucha de clase, es decir, medios y métodos que no defiendan sino que dañen los intereses burgueses y patronales. Sólo con los medios y los métodos de la lucha de clase los proletarios pueden defenderse de la presión ejercida por los patrones y los burgueses para no precipitarse en condiciones de vida insostenibles y frenar este empeoramiento. Este modo de luchar puede parecer una novedad para muchos proletarios jóvenes, hoy, pero forma parte de la experiencia histórica del proletariado que en los años en los cuales la tradición clasista no estaba sepultada por la contra revolución y por el oportunismo era práctica normal de las organizaciones rojas, y no rojigualdas, del proletariado. Y será la misma lucha que los proletarios conducirán sobre el terreno del antagonismo de clase abierto y reconocido la que indique qué medios y métodos de lucha se pueden utilizar de manera más eficaz.

¿Por qué objetivos luchar?

Los objetivos de la lucha proletaria, históricamente, han sido siempre de dos tipos: los inherentes a la defensa inmediata de las condiciones de vida y de trabajo (objetivos que ponen en discusión las relaciones de clase de la sociedad burguesa, pero que pueden teóricamente ser obtenidos en los límites de la sociedad burguesa, sobre el terreno económico, social y político) y aquellos de orden político más general e histórico insertos más directamente en la perspectiva de la lucha revolucionaria, por la conquista del poder político y la instauración de la dictadura del proletariado por la transformación de la sociedad en sociedad socialista y, en definitiva, en sociedad comunista. Según el marxismo, si el proletariado no lucha, como clase, sobre el terreno de la defensa económica inmediata no estará nunca en condiciones de luchar por los objetivos históricos de la transformación de la sociedad dividida en clases en sociedad sin clases. Por ello la lucha proletaria de defensa inmediata es vital para la misma lucha revolucionaria. La lucha por la defensa económica sobre el terreno inmediato no puede, por su desarrollo automático, elevarse a lucha política general; y como afirmaba Lenin, una «escuela de guerra» (de la guerra de clase entre proletariado y burguesía, no es aún la «guerra de clase»), en la cual el proletariado acumula experiencia y se reconoce no sólo como una única clase contrapuesta a todas las otras clases sociales sino también como clase internacional. Y en esta lucha que el proletariado, defendiendo sus objetivos de clase sobre el terreno inmediato (unificando sus propias fuerzas y superando, por lo tanto, la competencia entre proletarios), se enfrenta con la clase burguesa que, en un cierto nivel de tensión general y para interrumpir el desarrollo de esta lucha, saca toda su fuerza económica y social interviniendo con la fuerza represiva del Estado central (policía, magistratura, ejército) elevando objetivamente el enfrentamiento a nivel general y poniendo, por tanto, al proletariado la tarea de transformar su propia lucha de defensa en lucha revolucionaria cuyos objetivos no son ya aquellos relativos a las condiciones de existencia y de trabajo tolerables, sino condiciones de existencia y de trabajo del todo diferentes y libres del juego del trabajo asalariado y, por lo tanto, del capital.

La unificación de los proletarios por encima de la diferencia de categoría, de sector económico, de región, de edad y de género, se coloca inevitablemente sobre el plano más general e internacional, siendo las condiciones de base de la relación entre trabajo asalariado y capital exactamente las mismas en todos los países del mundo; las diferencias son, si acaso, de intensidad y de brutalidad de la explotación aunque, por otra parte, ya no discriminan, como en un tiempo, entre los proletarios de países capitalísticamente avanzados respecto de aquellos de todos los otros países dado que el empeoramiento generalizado de las condiciones de supervivencia avanza a pasos de gigante en los países considerados «civilizados».

El Primero de Mayo representaba en un tiempo exactamente esta unificación por encima de las fronteras nacionales y por encima de las diferencias entre proletarios de los diversos países y de las diversas categorías. Representaba el ápice de la lucha de clase sobre el terreno inmediato y la base de partida para la lucha proletaria más general y revolucionaria. Hoy, como cualquier otro símbolo de lucha proletaria, el primero de mayo ha sido transformado en un día en el cual se festeja el capital, la sociedad de consumo, la paz social, la colaboración entre las clases, en suma la victoria en todos los planos de la burguesía sobre el proletariado, con fiestas, picnics, cantos y bailes, como un gran carnaval. Y donde la situación económica general mucho más dura lleva a los proletarios a manifestar su malestar y sus propias exigencias de vida y de trabajo, las fuerzas del orden burgués están vigilantes y prestas a intervenir para mantener «el orden público», en defensa de la paz social en la cual los burgueses de todo tipo utilizan sus propios métodos para explotar el trabajo asalariado hasta la última gota de sudor y sangre.

El Primero de Mayo volverá a ser una jornada de lucha proletaria e internacionalista cuando los proletarios rompan de una vez por todas con la paz social y con la colaboración interclasista, reorganizando sus propias fuerzas sólo y exclusivamente en defensa de sus propios intereses inmediatos, de manera independiente de cualquier interés burgués y de cualquier aparato institucional dispuesto expresamente para desviar, confundir e ilusionar al proletariado confiando al enemigo de clase su propia suerte.

Los proletarios deberán recomenzar a luchar por sí mismos no como individuos, sino como miembros de una clase que tiene en su mano históricamente la potencialidad de dar fin al régimen de esclavitud moderna, al capitalismo, un régimen que hace depender la vida de la gran mayoría de la población mundial de la marcha de un mercado que ni siquiera los burgueses están en condiciones de controlar, pero del cual extraen sus propios beneficios a despecho de los proletarios de todo el mundo, constreñidos a vivir y a sobrevivir sólo si son explotados en las cárceles del trabajo asalariado o en el desempleo.

Las reivindicaciones fundamentales de la lucha proletaria de clase no han cambiado en el tiempo, porque en este tiempo no han cambiado las relaciones de fondo entre capital y trabajo asalariado:

- aumento del salario, mayor para las categorías peor pagadas
- disminución drástica de la jornada laboral
- el mismo salario para hombres y mujeres, autóctonos e inmigrantes
- salario por el trabajo o salario de desocupación
- mismos derechos económicos, sociales y políticos para cada trabajador, independientemente de su nacionalidad.

Pero, como en el pasado, y aún más en el presente y en el futuro, las reivindicaciones de clase, aún las más elementales y limitadas, no pueden ser propiedad de organizaciones interclasistas porque, aunque aceptasen hacerse cargo de ellas, las sumergirían en un fango que primaría las propuestas de «reformas», de «leyes» de las cuales hacer depender después la actuación de eventuales reivindicaciones. Esto no significa que algunos estratos proletarios no estén de cualquier forma una mayor protección que otros, pero como desde hace decenios –algo conocido muy bien desde los tiempos de Marx y Engels– tal protección se refiere al restringido estrato de la *aristocracia obrera* que siempre ha sido la parte del proletariado más cercana a las condiciones sociales de la pequeña burguesía y más corrompida por la gran burguesía.

Los proletarios están y estarán constreñidos a reorganizarse sobre el terreno de clase comenzando de cero, aún en pequeños grupos luchando contra el aislamiento y la represión (primero a nivel patronal y después a nivel policial) y también contra los estratos más atrasados y retraídos del mismo proletariado. Este es un paso inevitable: reanudar la lucha de clase, reorganizarse para la lucha de clase no es algo indoloro. Los proletarios, sobre todo en los países capitalistas avanzados, donde por tanto tiempo han estado habituados a tener «garantías» y «privilegios» y que sólo en los últimos decenios han comenzado a sufrir de manera no episódica la precariedad del trabajo y de la vida, deberán encontrar el valor que encuentran sus hermanos de clase de los países atrasados para huir de estos países por las guerras, la represión, el hambre y la miseria, el valor de luchar contra todo peligro, el valor de ir contra las reglas de la «vida cívica» impuestas a los proletarios por la clase burguesa para explotarlos mejor e impedirles rebelarse contra una vida de fatigas y sin futuro.

No hay otras vías para reconquistar la propia «libertad»: la libertad de organizar la propia defensa contra cualquier ataque y cualquier opresión, la libertad de no acabar en el hoyo de la desesperación, la libertad de arriesgar incluso la propia vida, no por la avidez de un patrón cayendo de un andamio o ahogándose en una galería de la mina, intoxicado por humos nocivos que devastan ciudades enteras o mutilados por máquinas que no se paran nunca, sino para afirmar, con la fuerza de la propia clase, la vida sobre la muerte, la satisfacción de las necesidades vitales de los seres humanos sobre las exigencias del beneficio capitalista y del dinero. La lucha de clase proletaria contra el capitalismo parte de aquí.

Grecia: ¡Contra las ilusiones reformistas!

¡Por la lucha independiente de clase!

Las elecciones anticipadas del 25 de enero en Grecia han dado la victoria al partido Syriza (Coalición de la Izquierda Radical), mascota de toda la «izquierda de la izquierda» europea, de Podemos, al Die Linke alemán, a la Rifondazione Comunista italiana, pasando por el Frente de Izquierdas francés, y de casi toda la «extrema-izquierda» que todavía más o menos se pretende «revolucionaria». Por ejemplo, una hoja trotskista escribía: «El pueblo griego no se ha dejado intimidar. Votando en masa por la izquierda radical, ha rechazado la austeridad y los sacrificios. De esto puede sentirse orgulloso» (1).

En los hechos, fue apenas más de un tercio (36%) de los votantes que eligieron a Syriza (un aumento de 9,4% con respecto a las elecciones de 2012), contra 27,8% de electores que votaron por Nueva Democracia (que solo disminuyó ligeramente: -1,9%); el KKE (Partido Comunista griego) progresó, pasando de 4,5 a 5,5 de sufragios, mientras que los neo-fascistas de Alba Dorada reculaban de 6,9 a 6,3%, entre tanto el partido de extrema-derecha ANEL (Griegos Independientes) descendía fuertemente de 7,5 a 4,8% en los sufragios. Una unión de «extrema-izquierda», Antarsya, que reúne trotskistas, maóistas y otros, obtenía 0,66% de votos, y por último el nuevo partido centrista Potami, que no existía en 2012, recogía 6% del total de los votos.

La buena racha electoral de Syriza se debe al desmoronamiento del partido socialista PASOK (asociado a la Nueva Democracia en el gobierno precedente), pasando de 12,3% de votos a 4,7%. Esta «Izquierda Radical» se ha convertido así en el refugio de los habituales social-demócratas; los analistas resaltan que Syriza había perdido votos en los sectores más populares que prefirieron abstenerse (36%); sin duda a causa de la «moderación» que cuanto más se acercaban las elecciones más ganaba terreno en sus filas.

Esta «moderación» de Syriza se manifestó en forma neta a la hora de formar su gobierno, aliándose a... ANEL. El ala «extremista» de Syriza tragó quina, prácticamente sin decir nada; lo cierto es que Syriza ha colaborado en el pasado con ese partido con el cual comparte la línea nacionalista. Al partido ANEL, cercano a la Iglesia ortodoxa y a los militares, Syriza le ha confiado nada menos que el ministerio de la Defensa. Además de no disponer de la mayoría absoluta en el parlamento, Syriza justifica esta iniciativa en nombre de la necesidad de formar un gobierno estable; en realidad la alianza con ANEL garantiza

que los bienes de la Iglesia, primer gran hacendado del país, seguirán escapando al fisco, y que el presupuesto militar no será revisado.

LOS GASTOS MILITARES: UN FARDO PARA LOS PROLETARIOS EN GRECIA

Grecia es el país cuyos gastos militares son los más elevados de la Unión Europea. En 2013, se fueron el equivalente de un 2,4% de su PIB (producto interno bruto) en manutención de sus fuerzas armadas. En comparación, los grandes países del Viejo Continente gastaron, en Gran Bretaña, para ese mismo año, un 2,2% de su PIB; en Francia, un 2,2%; en Italia, un 1,5%; en Alemania, un 1,3%, en España un 0,9% (2).

Para precisar las ideas, el presupuesto militar de los Estados Unidos alcanzaban ese mismo año un 3,8% del PIB; en Rusia, 4,2%; en China, un 2,1%; en Japón, un 1%, pero dada la talla de la economía americana, los gastos militares representan casi un 37% de los gastos militares mundiales, tanto o más que los 9 países con los más fuertes presupuestos: China, Rusia, Arabia Saudí, Francia, Gran Bretaña, Alemania, Japón, India y Corea del Sur! (3).

En la última década, Grecia fue el primer país importador de armamentos de Europa (quinto país a nivel mundial), teniendo a USA, Alemania y Francia como sus principales surtidores. Luego de los primeros planes de «salvamento» del país, Alemania y Francia – que en esos momentos concluía un contrato para la venta de navíos militares por un monto de 6 millardos de euros – insistirán en que Grecia no eche para atrás sus compras (4)...

El financiamiento del presupuesto castrense y del ejército en general (los burgueses justifican su peso particularmente elevado, debido a la necesidad de hacer frente al «enemigo hereditario» turco) recae inevitablemente sobre los proletarios (¡los únicos que prácticamente pagan impuestos en ese país!). Hay que señalar que, en la vida política de la península ateniense, los militares helenos juegan un rol particularmente anti-proletario, tal como lo demuestra la dictadura de los coroneles instaurada de 1967 a 1974; los burgueses locales e internacionales (comenzando por los americanos, con quienes el ejército greco mantiene todavía lazos estrechos) temen que la crisis política y social, todavía presente, desemboque en una «situación pre-revolucionaria». En noviembre de 2011, el primer ministro (PASOK), confrontado a dificultades económicas y sociales profundas, hablaba del riesgo de un golpe militar. Con el recuerdo del espectro de 1967, las autoridades griegas buscaban

evidentemente un argumento de peso en las negociaciones con las finanzas europeas, pero también suena como una siniestra advertencia dirigida a los proletarios; es un hecho que la burguesía, cuando estima que sus intereses ses encuentran en peligro, no vacilará en recurrir a la violencia, ni a remplazar la ficción democrática por su dictadura abierta.

LOS ESTRAGOS DE LA CRISIS EN GRECIA

Con una población cercana a los 11 millones de habitantes, Grecia es un país débil desde el punto de vista capitalista, en comparación con los grandes países de Europa. La península, tradicionalmente agrícola, solo comenzó a industrializarse a partir de los años sesenta, gracias esencialmente a las inversiones extranjeras. Todavía hoy, la industria se ha desarrollado relativamente poco, teniendo al turismo como el sector económico más dinámico, mientras que la agricultura sigue siendo una fuente significativa (después del comercio que es el sector que más emplea), a pesar de su división en pequeñas parcelas y su resultado: una multitud de pequeñas explotaciones agrícolas poco rentables. Un sector floreciente lo constituye el transporte marítimo que emplea entre 150 a 200 mil personas, lo que representa más de un 6% del PIB del país; la flota mercante griega es la primera del mundo, sin embargo, desde los años cincuenta, el país exonera por vía constitucional a las compañías marítimas de todo impuesto sobre las ganancias, además de que tres cuartos de los navíos están registrados como pabellones de conveniencia (es decir, escapan a toda reglamentación y a toda tasación fiscal). En 2013, cuando el gobierno quiso fiscalizar a las empresas del sector, los armadores amenazaron con abandonar el país; como resultado, la tasa fue derogada y remplazada por una «contribución voluntaria»...

Durante varios años, Grecia gozó de un rápido crecimiento económico (con promedio de un 4% de 2000 a 2007, claramente por encima de los demás países europeos), al extremo de hablar de un supuesto «milagro griego»; la economía fue dopada con las inversiones externas (principalmente europeas) y con el recurso al crédito (en 2007, la deuda soberana equivalía a un 103% del PIB). Una inmigración numerosa fue necesaria para suplir los empleos de baja calificación, especialmente en la agricultura.

Entonces, llega la crisis económica mundial y el país la recibe en plena cara, haciendo aflorar con ella la

fragilidad del «modelo» griego. A finales de 2008, cuando su economía se sumerge en la crisis y el déficit presupuestario alcanza un 15% (entre dos y tres veces más que el de los otros países de la Unión Europea), la Grecia, irónicamente deficitaria en cuanto a su balanza comercial, se muestra incapaz de encarar la fuerte alza de su deuda. El país no tuvo otra salida que pedir ayuda a sus socios europeos para evitar la bancarrota. Como todo el mundo entiende, para los burgueses la «ayuda» se paga a cierto precio, y tiene como principal objetivo ayudar a los intereses de los que «ayudan». Es de esta forma como el dinero prestado a Grecia a tasas más bajas que las practicadas en el mercado (aunque suficientemente elevadas como para que los prestamistas puedan extraer considerables beneficios) ha servido casi exclusivamente para proteger los intereses de la banca europea, especialmente alemana y francesa que son las más vinculadas al país; solo un 11% de la plata fresca prestada a Grecia fue destinada a la logística estatal (5).

Mientras esto ocurre, la llamada «troika» (Banco Central Europeo, Comisión Europea y FMI), somete al país a medidas de rigor y de «reformas» para enderezar las cuentas del país: privatizaciones, reducción en los gastos estatales (en un país donde el gasto estatal juega un rol central en la economía), reformas legislativas, «reforma» del derecho laboral, despidos en la Función Pública, rebajas de salarios y pensiones de vejez, aumento de la edad para obtenerlas, etc.

Después que los inversionistas externos salieron del apuro (los bancos alemanes y franceses pudieron salir del juego sin dejar muchas plumas), los resultados están a la vista: catástrofe para la economía, pero más todavía para los proletarios y las masas griegas:

De 2008 a 2014, el PIB griego bajó a más de 27%; durante el mismo periodo más de un 30% de empresas cerraron, la parte de la industria e la economía ha disminuido, el desempleo ha aumentado en un 190,5% (un millón de parados), pasando de 9 a 26,5%, mientras que solo un 10% de los desempleados tocan las subvenciones al paro; el salario medio ha disminuido un 38%; las pensiones de vejez, un 45%; el presupuesto promedio de los hogares un 30% – las desigualdades han aumentado sustancialmente: en 2012, un 25% de los hogares más pobres sufrieron una baja de un 86% en sus ingresos, mientras que un 25% de los más ricos gozaba de un descenso de solo un 17 a 20%; desde entonces estas desigualdades no han cesado de aumentar, para comprobarlo basta con ver que los impuestos a los más pobres ha aumentado un 377% contra 9% para los más ricos (6). Más de un cuarto de la población carece de protección médica, y, debido al derrumbe del

sistema de salud bajo los golpes de la austeridad, etc. (7), un 47% de la población griega no tiene acceso a primeros auxilios.

Esta terapia de choque, parecida a las que el FMI infligía a los países en bancarrota del entonces Tercer Mundo, y que desembocaba frecuentemente en «revueltas del hambre», no ha logrado poner en marcha la economía del país, ni ha «sanado» verdaderamente las cuentas públicas. El hundimiento económico ha tenido como resultado una caída de los ingresos fiscales y un aumento de las cargas sociales, y que no ha hecho sino aumentar las dificultades para pagar una deuda que se ha acrecentado rápidamente hasta llegar a un 177% del PIB, en 2014; si bien su «madurez», es decir, el lapso para rembolsar la deuda, ha aumentado, y en las próximas semanas y meses, el gobierno griego se verá obligado a encarar pagos vencidos cruciales, mientras que las arcas del Estado se encuentran sin un céntimo. Los economistas celebran que el comercio exterior en la península ha aumentado por primera vez sus (débiles) excedentes, pero, esto sucede porque a raíz de los estragos producidos por la crisis interna, las importaciones han disminuido en estos últimos años más que las exportaciones; con respecto a estas últimas, en 2013, el único comercio donde se verificaba este incremento era... la venta de carburantes a los cruceros de las giras turísticas (8)!

LA POLÍTICA DE SYRIZA

Pese a su nombre de «Coalición de la Izquierda Radical» y de su singular formación (allí convergen elementos que se reclaman del marxismo, el trotskismo o el «marxismo-leninismo», al lado de otros que vienen de formaciones colaboracionistas diversas), Syriza es un partido reformista clásico; su programa nada tiene de «anti-capitalista» y aunque se pretenda de forma demagógica tener como finalidad «el socialismo», aclara rápidamente como para tranquilizar a los sectores pequeño-burgueses que se trata de «un socialismo dentro de la democracia y la libertad». Este partido que se define como un programa de lucha contra la austeridad y por la satisfacción de las necesidades de las masas, comprende una serie de reivindicaciones, tales como frenar la baja de los salarios (¡y ya no su aumento!) y el aumento del salario mínimo, el suministro gratuito de electricidad y subvenciones para los más pobres, aumento del reembolso de los gastos médicos, etc., gracias a una imposición fiscal a los más ricos, interrupción de las privatización (realizadas bajo condiciones bastante atractivas para los inversionistas, nacionales o extranjeros), prometía también la creación de 300 mil empleos, gracias a las medidas de tipo

keynesiano, típicas de todos los programas reformistas.

Al mismo tiempo que afirma querer respetar los compromisos que Grecia tiene con sus proveedores de fondos, el nuevo gobierno esperaba encontrar apoyo en los países del sur de Europa, con el fin de obtener una moratoria de su deuda, y porque Europa abandone sus políticas de austeridad, proponiendo iniciativas que buscan darle un nuevo impulso a la economía.

Pero ni el gobierno francés, ni el italiano, menos aun el español o el portugués han querido apoyar al gobierno greco! Todos, proporcionalmente a la profundidad de las crisis que les han golpeado, han impuesto medidas de austeridad, y reducido los gastos sociales; por tanto, no van a sostener una política diferente para Grecia! Los ataques anti-proletarios constituyen la regla en toda Europa, aun si los países más ricos como Alemania, pueden darse el lujo de amortiguar esos ataques y poder mantener la paz social. Grecia es un pequeño país, y su peso específico en el seno de Europa es limitado, pero en la medida en que los problemas que ella enfrenta dejen de representar un caso aparte dentro las dificultades de las economías capitalistas de la Unión Europea, y debido a la «globalización» cada vez más creciente del capitalismo, el caso griego reviste una importancia internacional: una salida de Grecia de la zona euro, tendría consecuencias para toda la economía mundial (9).

Las instituciones europeas, apoyadas por todos los Estados, incluyendo a los no europeos como los Estados Unidos, que al comienzo aprobaron la oposición a Syriza en las políticas de austeridad (cada vez que aparece una crisis, los americanos siempre buscan que los europeos jueguen el rol de motor de la economía mundial) (10), exigen entonces que el gobierno griego continúe en la vía de la austeridad, de privatizaciones y de «reformas» esencialmente anti-proletarias (liberalización del mercado laboral, baja de salarios, reforma de las jubilaciones, etc), al extremo opuesto de sus promesas electorales. Diversas medidas coercitivas han sido tomadas por la Banca Central Europea para obligarlos a hacerlas. Por su parte, la Comisión Europea envió por ejemplo un mensaje advirtiendo que aprobar leyes «humanitarias» que prevean el suministro gratuito de electricidad y de bonos alimenticios a los más necesitados podría ser considerado como una violación de los compromisos contraídos por Grecia, mientras que el presidente del Eurogrupo (la reunión de los ministros de finanzas) declaraba que «toda presión [sobre el gobierno, NdR] que acelere el proceso de reformas en Grecia sera bienvenida» (11)! Antes de aportar las sumas indispensables para el funcionamien-

(sigue en pág. 18)

(viene de pág. 17)

to de la economía, estos usureros piden a las autoridades griegas que continúen con la política precedente y que tomen compromisos precisos y concretos en ese sentido (12), sin embargo los recursos que tiene el Estado no son suficientes para satisfacer tanto a sus prestamistas como a sus asalariados...

El gobierno Syriza-ANEL no tiene alternativa: si Grecia no quiere ser echada de la zona euro o ser sustituidos por otro gobierno más comprensivo (13), tendrá que someterse a las presiones de los Estados burgueses más potentes. Y ya ha comenzado a marchar recto, enviando a calendas griegas la argumentación del salario mínimo o echando para atrás su decisión de bloquear la venta del puerto del Pireo a inversionistas chinos.

LA LUCHA INDEPENDIENTE DE CLASE. ÚNICA SOLUCIÓN PARA LOS PROLETARIOS EN GRECIA

Desde el comienzo de la crisis, los trabajadores griegos no se han quedado pasivos frente a la degradación continua de sus condiciones de vida y trabajo. Numerosas huelgas y manifestaciones han tenido lugar, pero estas luchas, dirigidas la mayoría de las veces por fuerzas interclasistas, nacionalistas, respetuosas de la legalidad por parte de los sindicatos, incluyendo a los sindicatos «radicales» ligados al KKE, no han podido frenar los devastadores ataques de la burguesía. Las elecciones han sido presentadas a los proletarios como la oferta de una vía alternativa sin los riesgos de la lucha: votar para llevar a Syriza al poder. Syriza no pide a los proletarios y a las masas griegas a tomar el camino de una lucha real, sino de confiar en su gestión parlamentaria y gubernamental para defender sus intereses (que serían idénticos a los de la economía nacional) contra lo que dictan los extranjeros. Como todos los reformistas, Syriza le hace un gigantesco favor al capitalismo, desviando a los proletarios de la única vía eficaz para defenderse.

Al mismo tiempo que habla de hacer pagar la deuda a los oligarcas, el gobierno Syriza se guarda bien de tomar cualquier medida contra los capitalistas (¡basta pensar en los riquísimos armadores!) y el capitalismo griegos. Pero, como todos los partidos reformistas que llegan al poder, se encontraba en la situación poco confortable de elegir entre atacar abiertamente los intereses de los proletarios y las masas trabajadoras, o golpear los intereses de los capitalistas; y, como todos los partidos reformistas, indisolublemente ligados a la defensa del modo de producción capitalista, no tendrá otro remedio que atacar a los trabajadores, aprovechando la confianza que estos

últimos han depositado en ellos. Y ese es el rol que la burguesía, griega e internacional, asigna a los partidos como Syriza, y no lo tolerará sino en la medida en que este rol sea respetado.

Hoy por hoy Syriza goza de una gran popularidad entre la población, incluso en las masas proletarias; popularidad alimentada por la retórica nacionalista. Pero las ilusiones puestas en Syriza están destinadas a evaporarse rápidamente; y, en caso de que los proletarios traten de resistir, entonces el lugar de los melosos discursos reformistas será ocupado por la brutalidad de las fuerzas del orden capitalista; ¡no es por azar que la promesa electoral de disolver las unidades anti-motines de la policía haya sido abandonada!

Los proletarios no pueden contar sino con sus propias fuerzas y sobre sus propias luchas, siempre y cuando sean orientadas y organizadas sobre bases auténticamente de clase. Para resistir los ataques capitalistas no hay otra solución que la lucha resuelta contra el capitalismo. Repudiar la deuda o abandonar la Unión Europea, que el KKE y algunas organizaciones llamadas de «extrema-izquierda» presentan como remedios a la crisis, solo son callejones sin salida ya que no salen del cuadro burgués; remedios que podrían ser peor que la misma enfermedad, y que obviamente significarán un empeoramiento adicional de la situación proletaria. La ruptura con las fuerzas y las orientaciones reformistas, colaboracionistas, la adopción de métodos y medios de la lucha clasista y la organización de clase son una necesidad para la defensa proletaria, antes de pasar a la ofensiva.

Pero esta organización de clase creada para las luchas de defensa inmediata, y hacia la lucha más general contra el capitalismo, implica llevar a cabo una lucha política y una práctica contra el colaboracionismo político y sindical, contra todos los falsos amigos del proletariado, contra todos los obstáculos que la burguesía crea; igualmente significa que ella necesita la organización política de clase, en otras palabras, el partido de clase, auténticamente comunista, internacionalista e internacional, que permita evitar todos los escollos, gracias a su programa marxista, que es la síntesis de las lecciones de las luchas del pasado, y para centralizar y dirigir su combate contra el capitalismo.

Trabajar, vinculados con los proletarios de todos los países, por la constitución de ese partido, es la tarea que se impone y se impondrá objetivamente cada vez con más urgencia a los proletarios y militantes de vanguardia en Grecia.

Partido Comunista Internacional
23 de Abril de 2015

NOTAS

(1) Lutte Ouvrière n°2426, 28/1/2015 (periódico de «Lucha obrera», organización trotskista francesa). Las ilusiones electorales causan tantos estragos en los trotskistas como el vocabulario interclasista...

(2) Según datos del SIPRI (Stockholm International Peace Research Institute), SIPRI Milex Data 1988-2014.

(3) http://vadeker.net/humanite/geopolitique/world_military_spending/world_military_spending_2002-2012.html

(4) cf Le Point, 27/1/2015

(5) <http://www.macropolis.gr/?i=portal.en.the-agera.2080>

(6) Institut für Makroökonomie und Konjunkturforschung Studies, n°38, Marzo 2015

(7) <https://www.opendemocracy.net/ournhs/louise-irvine/what-27austerity27-has-done-to-greek-healthcare>

(8) http://www.ekathimerini.com/4dcgi/_w_articles_wsite2_1_25/10/2013_524920

(9) Ver por ejemplo la declaración del director del Banco de Francia: «el conjunto de la economía mundial sería afectada» [en caso de una salida del euro por parte de Grecia], Le Figaro, 19/4/2015.

(10) Las autoridades griegas declararon igualmente que ellas estaban sometidas a una «fortísima presión por parte de los americanos» para que no participen en el gazoducto que el gigante ruso Gazprom proyecta construir en la región. Cf <http://www.leblogfinance.com/2015/04/la-grece-fait-etat-de-fortes-pressions-us-pour-la-dissuader-dadherer-au-projet-du-gazoduc-russie-turquie.html>

(11) <http://in.reuters.com/article/2015/03/09/eurozone-greece-steps-idINL5N0WB3SX20150309>

(12) «Los proveedores de fondos de Grecia siguen insistiendo en que las reformas de las jubilaciones y la liberalización del mercado laboral que han sido llevadas a cabo no son suficientes», lemonde.fr, 31/03/2015

(13) El Financial Times (5/4/2015), cotidiano consagrado a las finanzas de la City, escribe lo siguiente: «La frustración de las autoridades de la zona euro con la Grecia es tan grande que un cambio del gobierno actual (...) se ha convertido en el objeto de discusión frecuente al margen de las discusiones [sobre la deuda]. Muchos oficiales, incluyendo ciertos ministros de finanzas de la zona, han sugerido que un acuerdo solo sería posible, si Alexis Tsipras saca de su gobierno a la extrema izquierda. (...) 'este gobierno no sobrevivirá', agregaba una personalidad oficial de primer plano». Sabido es que el ministro alemán de Finanzas califica el gobierno griego de irresponsable.

(14) Ver en francés «L'interclassisme du KKE», Le Proletaire, n° 496.

¡Continúa la masacre de migrantes ahogados en el Mediterráneo!

Tremenda demostración de que los gobiernos burgueses de todos los países, democráticos o autoritarios, no resolverán nunca las causas de estas tragedias.

¡Es el capitalismo el que debe ser sepultado!

Guerras de ejércitos, conflictos entre milicias, represión armada, destrucción: países enteros del Sahel, del Próximo y Medio Oriente, del cuerno de África... se están disgregando provocando la fuga desesperada de millones de seres humanos en busca de un país, de una costa, de una isla distante de ese infierno y donde intentar sobrevivir.

Masas desesperadas atraviesan desiertos y montañas acercándose a las costas en las que embarcarse hacia un horizonte menos negro, pero en esos desiertos y en esas mismas playas encuentran bandas muy organizadas y armadas de traficantes de carne humana dispuestos a esclavizarlos y lanzarlos al mar con barcas deliberadamente sobrecargadas de hombres, mujeres y niños... para dejar su puesto a otras masas desesperadas por huir de un infierno y esperando no caer en un infierno aún peor o simplemente en la muerte. Los supervivientes testimonian continuamente acerca de gente asfixiada en las bodegas, de mujeres embarazadas lazadas al agua, de personas que protestaban y por ello eran golpeadas o asesinadas, de barcas dejadas a la deriva averiadas con su carga de desesperados que, en su mayoría, no saben nadar.

Al alba del domingo 19 de abril, un barco salido de las costas egipcias, junto a las costas de Libia, con más de 1000 migrantes, se vuelca y se hunde. Se salvan 28, los cadáveres recuperados son 24. Ni rastro de los restantes 950.

Por los supervivientes se sabe que un mercante se estaba acercando a la barcaza para ayudar y que, viéndolo, el comandante del pesquero, borracho, se acercó chocándose mientras los migrantes se colocaban en masa sobre un lado; en 5 minutos el pesquero volcó y se hundió. Esta barcaza tenía dos niveles bajo la cubierta, llenos de inmigrantes hasta el casco y cerrados para impedir a estos salir a la cubierta: una barcaza que se transformó en un momento en una gran tumba.

Muertos que se unen a otros miles de muertos en un Mediterráneo que se ha convertido en un enorme cementerio. Los medios de comunicación no hacen otra cosa que representar las grandes

masacres de migrantes a través de «datos documentales» y, al mismo tiempo, admiten que estos datos no se corresponden en absoluto con la realidad porque muchas tragedias como estas no son «documentables»: en muchos casos, partidos de Túnez, de Libia o de Egipto, no llegan a ninguna parte. Son así recordados los naufragios de 1996 en el Canal de Sicilia, en la Nochebuena, cuando una barcaza llena de indios, paquistaníes y ceilaneses se hundió, pero de la cual no se supo nada durante seis años: calcularon que los muertos podían ser 283, primer naufragio a gran escala. Por no hablar de los «naufragios-fantasmas» que los medios tecnológicos de control de las marinas de todos los países podrían descubrir antes de que se conviertan en «fantasmas», pero que permanecen como tales y de los cuales sólo hay estimaciones «no oficiales», pero quizá más realistas, como los de 2011 cuando perdieron la vida entre 500 y 700 tunecinos, o aquellos menos «fantasmas» como en el caso de los 368 muertos del 3 de octubre de 2013 en la isla de los conejos, Lampedusa, y de los 250, casi todos eritreos, la semana después. Por no seguir con los del año pasado, cuando según ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados) murieron más de 3000 migrantes, o con estos primeros meses del 2015 en los cuales se cuentan más de 1500 muertos.

Los gobiernos burgueses de los países ricos, comenzando por Italia, frente a estas «tragedias del mar» se golpean el pecho, lanzan gritos al cielo contra el «cinismo», la «indiferencia», la «especulación», contra los «traficantes de seres humanos» y contra los «esclavistas del siglo XXI» lanzándose entre ellos llamamientos a «hacer algo», a «intervenir» aun «con las armas» para impedir el tráfico de carne humana. Todos miran hacia Europa, la ONU, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, como si estas instituciones fueron otra cosa diferente de los gobiernos nacionales, como si los representantes de los gobiernos nacionales no se sentasen en esas poltronas y no decidiesen qué hacer o qué no hacer, qué sostener y qué no, sobre todo, qué intereses privilegiar. Es un hecho que los intereses que pueden poner de acuerdo, si bien sólo

temporalmente, los más potentes países del mundo no son ciertamente los de los millones de brazos y de bocas reducidos al hambre y la desesperación; son, en vez de estos, los de los negocios, de la explotación de los recursos naturales a través de la explotación de la fuerza de trabajo humana, frente a los cuales, en la medida en la cual la crisis del modo de producción capitalista hace tambalearse la «prosperidad económica», no hay guerra que no se pueda desencadenar, no hay abuso, vejación, represión que no encuentre su «justificación», no hay tragedia que no pueda tener lugar. Y, entonces, los «esclavistas del siglo XXI» pueden ser utilizados por las potencias económicas que han sometido estos países y poblaciones enteras, en la medida en la cual estos esclavistas mantienen la desesperación y las tragedias dentro de los límites soportables de la famosa «comunidad internacional». Si estos «límites» son superados y las tragedias de este género colocan en situación embarazosa a los gobernantes de las democracias europeas, entonces se pone el grito en el cielo... «Europa no puede mirar para otro lado» frente a una auténtica «invasión» de prófugos y clandestinos. Está claro que Italia, por su posición geográfica representa la costa hacia la cual estas masas de hombres y mujeres pueden dirigirse con la esperanza de, si sobreviven a las tremendas condiciones del viaje, recomenzar una vida menos miserable y menos peligrosa; y es Italia la que inevitablemente está involucrada con este pueblo de migrantes en el cual se mezclan las nacionalidades más diversas, Lampedusa y las costas sicilianas sobre todo, donde, sin embargo, la *acogida* en los Centros de Identificación y Expulsión se parece más a la de un campo de concentración. Hoy, el gobierno italiano, frente a la enésima hecatombe en el mar, ha desvelado su estrategia: poner en práctica una operación de policía internacional para controlar las costas y los puertos de Libia. Dado que Libia es un estado fallido desde la caída y la muerte de Gadafi, el conflicto permanente entre las milicias ligadas al gobierno de Tobruk y las ligadas al gobierno de Trípoli, y la relevancia del

(sigue en pág. 20)

(viene de pág. 19)

Estado Islámico, los gobernantes italianos, asustados cada vez más por los peligros de invasión por parte de las masas desesperadas de migrantes, han pensado en acabar con ellas antes de que se hagan al mar en las barcas desquiciadas compradas por los traficantes, haciendo en Libia la guerra «a los embarcadores y a los traficantes de seres humanos». De hecho, la «solución» que la derecha sostiene desde siempre: evitar la inmigración ya en la orilla opuesta del Mediterráneo, es decir en el Norte de África, a través de un estrecho control policial, es la solución a la que se dedican tanto los gobiernos de centro derecha como de centro izquierda y que hoy es considerada imperiosamente urgente. Con el pretexto del «terrorismo» —ayer del laico Saddam Hussein, después del dictador Gadafi, hoy del Califato Islámico— los gobernantes italianos y sus cómplices europeos se están preparando para una intervención militar.

¿Cuál es, por tanto, la respuesta burguesa a esta tragedia? Las operaciones de la policía, disfrazada como acción humanitaria bajo el manto de la ONU y de su Alto Comisionado para los Refugiados; como se hizo en el Líbano en 2006, movilizandolos a la marina, al ejército de tierra y al de aire. La burguesía capitalista europea no tiene otra respuesta para dar. Después de haber causado las condiciones económicas y sociales de miseria y de desesperación de enormes masas de seres humanos, después de haber saqueado tierras, mares y subsuelos, de haber puesto a tribus contra tribus y explotado a más no poder sus conflictos religiosos entre suníes y chiíes y entre musulmanes y cristianos, destruido países enteros y dejado en herencia en los países, en su momento colonias, condiciones de extrema miseria y de subdesarrollo en los cuales mandan bandas armadas y traficantes de droga, de armas y de seres humanos; después de haber vuelto inservible la vida de poblaciones enteras, la burguesía capitalista europea que ha aterrorizado el mundo con sus capitales, con sus guerras comerciales y con sus guerras sucias, sale a la palestra y, frente a la última masacre en el mar, no se avergüenza de decir «basta», se golpea el pecho y declama: «nunca más una tragedia como esta»... hasta la próxima masacre.

Estos muertos, por lo tanto, no serán los últimos. La presión de las condiciones económicas y de vida insostenibles para millones de hombres y de mujeres no cesará gracias al casco de policía

internacional de la ONU que irá a las playas y los puertos de Libia a «acabar con el tráfico de seres humanos», como no ha cesado después de la «primavera árabe» y la «caída de los dictadores» en Túnez y en Egipto, como no ha cesado después de la guerra «americana» en Irak y en Afganistán o los bombardeos en Libia; como no ha cesado en los países del Sahel, del Cuerno de África y en Yemen. El capitalismo no es sólo desarrollo económico: es, al mismo tiempo, acumulador de contradicciones y de tensiones económicas y sociales traídas por las inevitables crisis generadas por el mismo desarrollo capitalista; y los medios que las clases dominantes burguesas adoptan para afrontar y superar las crisis no hacen otra cosa que volver a acumular factores de crisis aún más agudos. El capitalismo crea y recrea las condiciones para crisis cada vez más profundas hasta que «la solución» que adopten las burguesías más potentes del mundo sea la guerra generalizada, mundial, como ya en 1914 y en 1939.

Es en función de esta perspectiva que se leen las tragedias en las cuales los migrantes se ahogan por miles en el Mediterráneo. Contra este presente y este futuro de esclavitud, de miseria y de muerte, no hay solución burguesa, no hay plegaria que pueda acabar con ellas: habrá siempre una tragedia después de otra. El corazón del problema está en el modo de producción, está en el capitalismo, en la sociedad levantada sobre la propiedad privada y sobre la apropiación privada de los productos del trabajo humano, en la sociedad dividida en clases, en una palabra: en la sociedad burguesa.

Sólo una lucha que comprenda la lucha contra la miseria, contra la opresión, contra la explotación, pero que no se quede en los límites del cuadro social existente y que no se mantenga respetuosa con las reglas políticas y sociales que las clases dominantes burguesas se han dado para asegurarse la continuidad en el poder; sólo una lucha que reconozca el antagonismo entre la clase de los trabajadores asalariados, que representa a la gran mayoría de los hombres, y a la clase de los propietarios y de los capitalistas, es decir, la clase burguesa; sólo una lucha que se dirija no hacia las reformas, los cambios de gobierno y de personal político, sino hacia el gran objetivo de revolucionar completamente la sociedad y, por lo tanto, la lucha de clase llevada hasta el fin, hasta la conquista del poder político por parte de la clase proletaria, para la

liquidación de la dictadura burguesa e imperialista y la instauración de la dictadura del proletariado; sólo esta lucha revolucionaria prevista por el marxismo en la mitad del siglo XIX cuando el capitalismo se estaba imponiendo en todo el mundo, llevará a la solución definitiva de todas las causas profundas, económicas, de la explotación del hombre por el hombre, de la miseria, de todo tipo de opresión y de guerra. En esta perspectiva luchan y combaten los comunistas revolucionarios, organizándose en el partido de clase que mañana tendrá la tarea de guiar la lucha de clase en todos los países hacia la revolución, la dictadura proletaria y la transformación de la sociedad dividida en clases en una sociedad sin clases, sin antagonismos de clase, sin opresión de algún tipo: en la sociedad comunista.

22 de abril de 2015

**Partido Comunista Internacional
(El Proletario)**

Suplemento Venezuela N° 19 al No 50 de «el programa comunista».

- Diciembre de 2014 -

- ¡Acosados, reprimidos, traicionados en Guayana, los obreros de Sidor no se amilanan!
- La situación en Venezuela es una “papa caliente” que la oposición no querrá tener en sus manos por nada del mundo
- Trotskistas argentinos y deuda
- Sidor en cifras
- ¿Pero cuál es el enemigo más peligroso del proletariado?
- Las “guarimbas”: 120 días de resistencia anti-comunista contra un gobierno igualmente anti-comunista: busque el error
- Gasolina y proletariado
- Crisis en las filas del chavismo
- Amadeo Bordiga: Capitalismo de Estado (extractos)
- España: Corrupción, desfalco, nepotismo... son consecuencias del capitalismo y sólo desaparecerán cuando este sea borrado de la faz de la tierra por la lucha de clase del proletariado

Orientación Práctica de Acción sindical (III)

EN DEFENSA DE LOS DESPEDIDOS, LOS DESOCUPADOS Y LOS PENSIONISTAS

La dependencia del INEM, los despidos, la desocupación (que afecta especialmente a los jóvenes y a las mujeres) están a la orden del día. Para los asalariados que lo sufren, y a los cuales se ofrece por parte de los sindicatos y del gobierno la compensación de una mítica «garantía del salario» deben valer como reivindicaciones de principio las siguientes:

- salario íntegro para los despedidos. Que corra a cargo de los patrones y del Estado y sin límite temporal
- salario íntegro en caso de reducción del tiempo de trabajo
- salario mínimo de 1000 euros para todos los trabajadores que estén buscando empleo

Las reivindicaciones consignadas no contradicen la respuesta general de los obreros ocupados ante la expulsión de sus hermanos del proceso productivo (preludio, por otra parte, de la suya propia):

NO A LOS DESPIDOS

Esta consigna tiene validez *de principio* en tanto indicación general de lucha y llamamiento a la solidaridad de clase. Pero se desnaturalizaría si se la transformase en objetivo práctico a lograr *en cualquier situación y con cualquier medio*. Es por eso que la lucha contra los despidos va ligada a la denuncia del objetivo ilusorio de una «puesto de trabajo garantizado» en el régimen capitalista.

Logre, o no, impedir los despidos, la presión proletaria debe prolongarse en una solidaridad activa y organizada de los desocupados hacia los desocupados en todas las manifestaciones y episodios de la lucha de clase de los cuales tanto unos como otros forman parte inseparable, y acompañarse tanto de la lucha contra los jefes reformistas que ignoran a los desocupados considerándoles como «sub proletarios», como de la reivindicación del

DERECHO DE LOS DESOCUPADOS A PERMANECER EN EL SINDICATO Y A PARTICIPAR EN LA ACCIÓN REIVINDICATIVA, LAS ASAMBLEAS Y LAS HUELGAS.

Tal solidaridad debe encontrar su punto de coordinación natural en órganos territoriales.

La reivindicación del salario integral, como la del derecho a permanecer en el sindicato debe aplicarse también a los *pensionistas* que el capital precipita a la miseria social y económica después de haberles explotado y consumido, con el cínico grito de «paso a los jóvenes»

CONTRA TODAS LAS DISCRIMINACIONES

La lucha del conjunto de los trabajadores contra las discriminaciones, en el terreno salarial o normativo, que son sufridas especialmente por determinadas categorías obreras, en tanto permite superar las divisiones perpetradas por la burguesía, es una condición de la defensa colectiva de toda la clase y de su unidad.

1) DEFENSA DE LOS TRABAJADORES INMIGRANTES.

La *igualdad de trato* en el puesto de trabajo y fuera de este debe ser reivindicada sin reservas, reaccionando con el máximo vigor a las manifestaciones más o menos veladas de racismo de las cuales los inmigrantes son víctimas.

2) DEFENSA DE LA FUERZA DE TRABAJO FEMENINA Y JUVENIL.

Los obreros varones tienen el deber de apoyar la consigna de:

Ninguna discriminación de salario y situación entre hombres y mujeres.

A su vez, los obreros adultos deben luchar **en defensa de los obreros recién incorporados** que no deben ser sometidos a un régimen diferente de salarios.

3) **NINGÚN CONTRATO TEMPORAL**, que permite camuflar los despidos y vuelve particularmente vulnerables a los inmigrantes, los jóvenes, las mujeres y, por ejemplo, a los asalariados agrícolas o a los albañiles, cuyo empleo es normalmente estacional.

4) DEFENSA DE LOS TRABAJADORES SUBCONTRATADOS.

Los principios arriba mencionados sirven para la categoría de los trabajadores de las subcontratas, una de las más marginadas (también sindicalmente). Sus condiciones de vida y de trabajo deben ser colocadas al nivel de aquellas de los trabajadores de las empresas matrices por las cuales son explotados si bien indirectamente (*el mismo contrato para todo el grupo*).

(viene de pág. 24)

Telefónica, marca principal de Movistar, es la principal empresa española del sector de las telecomunicaciones y una de las más importantes a nivel mundial, estando presente en todos los países de Europa (principalmente en Reino Unido y Alemania, donde opera con el nombre de O₂), Brasil (donde es la principal marca del mercado de la telefonía con el nombre de Vivo), Argentina y otros países americanos en los que tiene una relevancia menor. Se trata, además, de la principal empresa española por índice de capitalización bursátil y su beneficio reconocido en el año 2012 fue de 4.403 millones de euros. De hecho, Telefónica ha sido considerada durante muchos años la «joya de la corona» del capital español, a la altura de las principales entidades financieras y por encima de cualquier otra compañía de la llamada economía real. Desde que en los años 1.995 y 1.999, bajo los sucesivos gobiernos de Felipe González y Aznar, se privatizase a través de sendas ofertas públicas de acciones, ha constituido el emblema del pujante capitalismo español, capaz de extenderse a prácticamente todos los mercados desarrollados del planeta (a excepción de China) y de competir en ellos ventajosamente contra otros capitales nacionales y extranjeros. Capaz, también, de desarrollar sistemas de gestión de la mano de obra punteros que, desde su privatización, le han permitido aumentar vertiginosamente los beneficios por la vía de la reducción de los costes laborales, Telefónica ha prescindido, en España de gran parte de su plantilla que era de 80.000 trabajadores antes de la privatización y que ahora apenas suma 28.000, después de los sucesivos Expedientes de Regulación de Empleo que, bajo los gobiernos populares y socialistas, ha realizado en los últimos años.

Telefónica es un modelo para todo el capitalismo español, además, porque ha sido capaz de reestructurar su forma organizativa de manera que la central dispone de miles de empresas dependientes de ella pero con entidad jurídica propia que asumen todos los trabajos de instalación, reparación, mantenimiento, atención al cliente, etc. Se trata de una estructura productiva sumamente versátil que permite a la

empresa minimizar los riesgos aminorando la carga de capital constante y capital variable que dependen directamente de ella. De esta manera, ante periodos de bonanza económica, como el llamado boom de las telecomunicaciones que comenzó a finales de los años '90, Telefónica simplemente aumentaba el número de contrataciones de estas empresas dependientes y, llegado el momento de recesión, prescindía de ellas sin que esto suponga un gasto añadido como el que implicaría la sobre capacidad productiva y el exceso de mano de obra.

Para los proletarios, el incremento de la productividad y la excelencia empresarial de Telefónica ha tenido una versión bastante más amarga: la fragmentación en miles de empresas que son ahora las que realizan la contratación ha permitido a estas fijar las condiciones laborales en condiciones claramente desventajosas para los trabajadores. Imponiendo a apenas unas decenas de trabajadores una negociación en la que son, con mucho, la parte más débil, los salarios se han rebajado vertiginosamente, los horarios de trabajo se han ampliado a discreción, siempre según las exigencias de la producción y sin respetar ni siquiera los mínimos que la ley fija, se ha llegado, en fin, a una situación en la que muchas veces los trabajadores pagan a la empresa por realizar su labor. Todo esto, siempre, condicionado por las exigencias que Telefónica plantea a las empresas subcontratadas, que a su vez compiten entre ellas por mantener su relación con la empresa matriz y no desaparecer. Si en la crisis capitalista los proletarios pagan con el desempleo y la sobreexplotación el crimen que han cometido por no resultar rentables para el capital, en los tiempos de bonanza, los que hicieron del capital español un modelo en todo el mundo, se han levantado también sobre la miseria obrera. Entonces los proletarios vendían su vida a la empresa a cambio de subsistir, hoy la empresa acaba con su vida para ser ella la que sobreviva.

La huelga de los trabajadores de Telefónica se ha desarrollado, desde el primer momento, mediante una ruptura total con la dirección colaboracionista de las organizaciones sindicales. Estas,

argumentando que los trabajadores no pertenecían a la empresa matriz, se han negado siempre a incluirlos en sus reivindicaciones, dirigidas únicamente para los empleados fijos de la empresa y, por otro lado, siempre condicionadas al respeto de las exigencias de esta. Es por esto que, desde el primer día, cuando la huelga de instaladores de las subcontratas comenzó en Madrid, los trabajadores constituyeron comités de huelga encargados de organizar y dirigir el conflicto. La exigencia básica de esta movilización ha sido, de hecho, que estos comités de huelga sean reconocidos como los únicos negociadores válidos por parte de los trabajadores ante la patronal. En el mes de abril CC.OO. y UGT convocaron una huelga dentro de la empresa matriz, dirigida a los trabajadores fijos en esta. Pocos días antes de comenzar esta huelga los mismos sindicatos decidieron desconvocarla dando por logradas todas las exigencias que habían planteado, lo que en la realidad se traducía en una oferta hecha por la empresa en la que la situación se mantenía exactamente igual que hasta el momento, sin que ninguna de las reivindicaciones que los trabajadores, a través de sus comités de huelga, habían planteado. La alianza entre empresa y sindicatos colaboracionistas trataba, sencillamente, de acabar con la organización independiente de la que los trabajadores se habían dotado y que era reflejo de sus exigencias, muy alejadas de la política de cesiones a que estos sindicatos están habituados.

A lo largo de toda la huelga los trabajadores subcontratados de Telefónica han utilizado medios y métodos consecuentes con sus exigencias para intentar vencer. De esta manera, han sido capaces de organizar piquetes para defender la huelga encargados de vigilar que la empresa no utilizase a esquiroleros para romperla. Han colaborado con otros proletarios que mantienen conflictos en sus empresas, han sacado su lucha fuera de los límites de la empresa para plantearla más allá de los estrechos límites de la acción corporativista, en definitiva, han luchado por plantear su lucha como una lucha de clase y no como un enfrentamiento ceñido exclusivamente a los cauces de negociación que el Estado burgués

permite y con los que garantiza la rápida domesticación de todos los conflictos que los recorren. Esta forma de afrontar la lucha llevó a que, llegado cierto punto en el que la acción combinada de la empresa y los sindicatos colaboracionistas era incapaz de romperla, fuese el propio Estado burgués, representante colectivo de los intereses del capital nacional, el que tomase cartas en el asunto haciendo detener en los primeros días del mes de mayo a 13 huelguistas, a los que acusaba de sabotajes y coacciones contra los esquirols. La llamada «operación Muro» de la Policía Nacional tenía como objetivo amedrentar a los trabajadores a los pocos días de que UGT y CC.OO. llamasen a poner fin a la huelga. Nuevamente los trabajadores subcontratados de Telefónica demostraron que en la sociedad burguesa ley, orden y derecho significan únicamente mantener a los proletarios esclavizados a las exigencias del capital.

Finalmente, los trabajadores de las subcontratas de Telefónica han roto con la tónica habitual de las huelgas y de las luchas controladas por la política oportunista que tiene como punto básico el respeto escrupuloso de los intereses de la patronal a la hora de llevarlas a cabo. Efectivamente, no sólo la economía empresarial es mantenida al margen de estos conflictos sino también la misma marca empresarial, su imagen competitiva y su posición respecto a sus rivales en el mercado, convirtiendo así cualquier lucha en un simple gesto ineficaz.

La ocupación por dos veces de la sede de Telefónica en el World Mobile Congress ha supuesto un duro golpe para la imagen de la empresa asentado en pleno centro económico de Barcelona, capital a su vez del turismo en España. Estas ocupaciones han sido hasta ahora el punto culminante de una lucha que ha colocado las exigencias de los proletarios siempre por delante de las necesidades de la empresa y han provocado la intervención de la futura alcaldesa de Barcelona, Ada Colau, de Barcelona en Comú, que ha debido recurrir a toda la fuerza política de su formación (versión local de Podemos) para lograr que

los trabajadores de las subcontratas abandonasen la ocupación, ante la cual se habían concentrado varios centenares de familiares y trabajadores de otras empresas con el fin de evitar su desalojo, y renunciasen a su exigencia de que Telefónica negociase como parte implicada en el conflicto.

Los proletarios de las subcontratas de Telefónica han demostrado que si la burguesía, que lucha continuamente contra sus competidores nacionales e internacionales, pero también contra los trabajadores buscando obtener cada vez más beneficio y reorganizando para ello el proceso productivo de manera que la extracción de plusvalía del trabajo obrero pueda maximizarse, puede aislar a cada trabajador y hacerle competir con otros trabajadores, también puede sufrir duros reveses una vez que los proletarios se unen para hacer frente a esta competencia.

Los proletarios de las subcontratas de Telefónica han mostrado que, para vencer, los trabajadores deben tomar la lucha en sus propias manos, defendiendo únicamente sus intereses de clase frente a cualquier llamada a contemporizarlos con las necesidades económicas de la empresa. Han mostrado que los medios y los métodos clasistas son los únicos que, sin garantizar la victoria en ningún caso, pueden permitir alcanzarla. Los proletarios de las subcontratas de Telefónica se han enfrentado a la fuerza unida del oportunismo sindical y de la policía del Estado burgués, han sufrido la represión dando con sus huesos en comisaría acusados de graves delitos y con ello han evidenciado que cualquier tentativa de lucha proletaria que busque seguir el camino del enfrentamiento real con la patronal se enfrentará a todos los intentos posibles por parte de la burguesía para destruirla.

Por último los proletarios de las subcontratas de Telefónica han visto aparecer en escena la fuerza de este oportunismo renovado que conforman los partidos «renovadores» del tipo Podemos y Barcelona en Comú. Estos, apoyando verbalmente la lucha obrera, han actuado y actuarán como verdaderos agentes de la burguesía entre las filas del proletariado, defendiendo realmente los intereses generales de aquella, que les utiliza

como mediadores que oponen siempre las pequeñas mejoras que se pueden obtener en una lucha a la verdadera naturaleza de esta, el conflicto entre proletarios y capitalistas, e impidiendo con la excusa de las «conquistas realmente posibles», la gran conquista que es «la unión cada vez más extensa de los obreros» en palabras de *El Manifiesto del Partido Comunista*.

**¡Por la reanudación
de la lucha clasista
del proletariado!**

**¡Por la defensa intransigente
de las condiciones de vida
del proletariado!**

1-6-15

**Partido Comunista Internacional
(El Proletario)**

le prolétaire

n° 515

(Mars - Avril 2015)

· L'impérialisme parle de paix, mais fait la guerre

· Le 9 avril, 1er mai, des «actions» syndicales pour prévenir la lutte véritable

· Grèce: Contre les illusions réformistes, Pour la lutte indépendante de classe !

· Correspondance. A la CGT de Seine-Maritime, un réformisme chasse l'autre

· Contre les attaques capitalistes. Retour à la lutte de classe prolétarienne !

· Des centaines de migrants périssent à nouveau en Méditerranée. C'est le capitalisme qu'il faut noyer!

· «Brochure Le Prolétaire». La Syrie dans la perspective marxiste - Introduction

· Thèses de la Fraction Communiste Abstentionniste (extraits)

· Les émeutes de Baltimore, 50 ans après les révoltes noires aux Etats-Unis. Amadeo Bordiga: La colère «noire» a fait trembler les piliers vermouls de la «civilisation» bourgeoise et démocratique

· Les émeutes «raciales» aux Etats-Unis

Precio: 1 euro / 4,5 FS / £ 1,5 / 60 DA /
10 DH / 500 F CFA -
leproletaire@pcint.org

Huelga de los trabajadores de Movistar.

¡Es posible luchar contra las condiciones de explotación que impone la burguesía! ¡Es posible vencer si se utilizan medios y métodos clasistas!

Desde hace 55 días los trabajadores de las contratatas, las subcontratatas y los falsos autónomos (trabajadores dependientes a los que se obliga a mantener una relación mercantil y no laboral con la empresa empleadora) de Movistar libran una dura huelga contra la que es una de las principales empresas del capital español. Sus reivindicaciones son:

-Derogación del contrato bucle, que implica un sistema de puntos para

percibir el salario según el cual los trabajadores pagan de su bolsillo los gastos acarreados por su trabajo y que, además, permite unas penalizaciones altísimas que reducen aún mes la nómina mensual.

-Equiparación de los trabajadores de las contratatas y subcontratatas a aquellos que son fijos en la empresa matriz, con las mismas condiciones salariales y con contrato fijo.

-40 horas semanales de trabajo con dos días de descanso, frente a la

situación actual en la que se trabajan hasta 12 horas todos los días.

-Un mes de vacaciones anuales.

-Seguridad en el trabajo y herramientas y útiles de trabajo a cargo de la empresa, así como Equipos de Protección Individual, vehículos, combustible, etc.
-Que todos los autónomos dependientes que lo soliciten pasen a ser personal de la empresa con la que están vinculados.

-Garantía de que no haya represalias por la huelga.

(sigue en pág. 22)

El programa del partido comunista internacional

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Liorna con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la substitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

* * *

La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según

planes centrales, hasta la gestión estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital. Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagonica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeñoburguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.